Este libro fue escaneado por el Archivo de Folklore Boliviano, como parte de nuestra misión de poner todas las obras del folklore boliviano en formato digital.

El Archivo de Folklore Boliviano se dedica a la preservación y diseminación de todos los aspectos del folklore y la tradición boliviana, especialmente mitos, leyendas, historias, y cuentos populares. Tenemos oportunidades de formar parte del voluntariado: muchas tareas, como convertir este mismo PDF a un libro digital, requieren solo de 5 a 10 horas de trabajo, por lo que los voluntarios reciben un reconocimiento permanente en nuestro sitio web y en el libro digital.

Visite nuestro sitio web para obtener más información:

www.archivodefolkloreboliviano.org

ANTONIO PAREDES-CANDIA

ELLOS NO TENIAN ZAPATOS...

ZIM
PQ
7820
P26
E44
1989

A14408 410642

ZM
PQ
7820
P26
E44
1989

Ellos no tenían zapatos..., novelín escrito
por ANTONIO PAREDES-CANDIA

ANTONIO PAREDES - CANDIA

Ellos no tenían zapatos...

Prólogo de: Gaby Vallejo de Bolívar

LIBRERIA - EDITORIAL **POPULAR**
LA PAZ — BOLIVIA
1 9 8 9

Edición limitada de 1.000 ejemplares

Primera edición 1989
Depósito Legal Nº 4-1-209-89.

Ilustración de la portada
de **CLOVIS DIAZ DE OROPEZA**

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LEY.
ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

P R O L O G O

Expresiones como "Los niños, futuro de la Patria", "Esperanza del mañana", no tienen razón de ser entre aquellos niños que no tienen futuro, que no son mañana. Aquellas frases de discurso de circunstancia, las ignoran los auténticos protagonistas: los niños, que por millones deambulan por las calles, hambrientos, asustados, drogados, en todos los países de América. (1) Ellos mueren de tuberculosis, de frío, de la violencia del grande contra el pequeño, mientras la sociedad sigue repitiendo esos discursos falaces.

---

(1) "120.000.000 de niños, en el centro de la tormenta", según Eduardo Galeano en "Las Venas Abiertas de América Latina.

El escritor es un ser que tiene en la palabra, su arma de lucha. El no está preparado, ni para movilizar gente desde la tribuna política ni para levantar la ametralladora de las revoluciones. El maneja la palabra como denuncia y compromiso con el hombre. En nuestro caso, con el niño. Y así, Antonio Paredes Candia, por segunda vez escribe un libro-denuncia en favor de los niños de Bolivia: "Aventuras de Dos Niños", el primero y ahora, "Ellos no Tenían Zapatos...".

La obra, además de ser una palabra mayor en defensa de la niñez es una obra literaria que recoje elementos de la estructura social de las ciudades andinas, costumbres específicamente populares, cuadros humanos que van desde la extorsión y explotación a los niños, pasando por jocosas escenas de la calle, hasta el dolor y la muerte.

Antonio Paredes Candia parece inaugurar la picaresca a lo boliviano. Elementos similares a aquella hacen su aparición, por ejemplo, el recorrido de los niños por diferentes ambientes en que la miseria humana de los adultos es observada por los niños o el ingenio con que estos pilluelos callejeros salen de sus apuros, ingenio que linda con un gran humor, jocundo, a boca llena. Modelos de chanza e inteligente burla tenemos en los pasajes de Sacarías Kholque, la venganza de orín de los niños, la gelatina al dolorido Tatake.

El lenguaje, con el sabor a boca de pueblo, calco de voces frescas y coloquiales, muestra el trasfondo aymara-quechua de nuestras ciudades. La urgencia de la comunicación y la sobrevivencia, crea un nuevo lenguaje, a veces pintoresco, a veces torpe. Palabras y expresiones como: "bolsiquiarme". phullu, *birlocha, qui te estás pasando siñora* "mankhapaya", *o apodos como: Sarna-caballo* "Khoro-cucho", *dan un innegable rostro linguístico que se llama autenticidad.*

Una valiosa y significativa conducta se recupera en el libro: la solidaridad entre pobres. Si bien no son las únicas, dos escenas marcan su nivel: la feroz defensa que asume una chola vendedora de kiosko por un niño, frente a la "jacha" o policía mujer que le abusa, y la agrupación de niños de la calle que presiona al maldito portero del hospital, para que les abra la puerta; adentro, se encuentra hospitalizada una de las niñas. Ambas escenas muestran el grado de resistencia y oposición de grupo social frente a gente que siendo de la misma clase, se desclasa detrás de un uniforme o un cargo: policía o portero.

Pero donde la obra adquiere niveles mayores es en el tratamiento de la infancia misma. No es una infancia neutra, sino la infancia de carne y hueso que es maltratada por adultos pervertidos o arrojada a la miseria, a la tuberculosis.

La ternura, la rabia, el realismo, el dolor cruzan sus fuerzas para presentar a Chabela, la mankhamama, *la que se traga a la madre al nacer, la niña tuberculosa, la muerta. Los tristes cueros que son la cama de la niña: presencia silenciosa de tamaña injusticia, permanecen, junto con los otros niños que inocentes todavía esperan "lustrar los zapatos de otros... aunque ellos no tuvieran zapatos", sin saber que posiblemente se los tragará la miseria, el alcohol, la droga y que ese es el "futuro", y no el de los discurso de circunstancia.*

Por eso, dijimos, este libro es una provocación. Está hecho con el arma de la palabra para quemar con la verdad.

GABY VALLEJO DE BOLIVAR

Cochabamba, mayo, 1989.

DEDICATORIA

Enrique García y Glorita Candia, mis amados sobrinos:
En qué forma podría corresponder al cariño que siempre me han dado sino con lo único que puedo, que es modesto y humilde; y por eso les obsequio con ternura este librito, que también ha sido escrito con ternura.

A. P. C.

La Paz, 24 de Mayo de 1989.

I

La Margarita tenía los ojos irritados. Había velado toda la noche trabajando en la alfombra que debía entregar a la **gringa** que vivía en Calacoto. Eran las siete de la mañana, su hermano Juancho seguía durmiendo en brazos del abuelo, que también dormía su borrachera.

—**Choy** Juancho —lo sacudió al niño—, levantate, ya son las siete y el colectivo dentro de un rato va pasar.

El niño, remoloneando, salió de la argolla que le había hecho con sus brazos el abuelo. El viejo despertó un instante, habló que no le jodieran y siguió durmiendo.

—Ya es tarde Juancho, si no bajas temprano igual que ayer va ser que apenas has traido ni para el pan. La gente siempre se hace lustrar temprano, no ves que es para ir a su oficina, levantate pues.

—Sí —respondió el niño indiferente al pedido de su hermana— es que no puedo orinar Margarita, bien duro siempre se me amanece.

—Siempre dice que es así de los hombrecitos, igualito le pasaba al Lucio, cada mañana lloraba diciendo que le dolía, que no podía orinar, pero después de un rato pasaba nomás. Esperá pues.

Margarita había tomado las riendas de la casa desde que la madre por la situación económica desesperada que observaba en su hogar, se había dedicado a **artillera** y rodaba por las calles de la ciudad sirviendo con su cuerpo a borrachines y cuanto hombre le pidiera acostarse. Fabiana en su ignorancia no había encontrado otra salida a su vida. El marido hacía un año que había sido asesinado en el gobierno del General Banzer, que a todo hombre

que pedía trabajo o aumento de salario le señalaba de comunista.

Margarita era una joven de apenas diez y seis años. Aquellos días sufría por no haber bailado en la entrada de la fiesta del Gran Poder. Pase a su trabajo incansable no había podido terminar la alfombra para la **gringa,** el tiempo no le abasteció y tuvo que conformarse con ser sólo espectadora de la farándula popular; en ver a la Pacesa contoneándose en la comparsa de la **Kullawada.** Margarita la vio pasar por la calle Illampu y se le llenaron los ojos de lágrimas; hasta el Germán, el joven electricista con quien "hablaba" se había enojado, amenazándole que buscaría otra pareja con quien bailar. Sonaban en su oído las palabras del muchacho que le dijo: —"Acaso no eres gente, todas las personas para ser gentes tienen que bailar, mi padre ha dicho esa mujer no debe ser gente, por eso no quiere bailar, sólo el perro no baila". Al escuchar las recriminaciones, Margarita recordaba que había bajado la cabeza y tapándose la cara con una punta de su manta ha-

bía llorado amargamente. Su Germán tenía razón, cómo podía ella llamarse gente o competir con las otras amigas si aún no había bailado; pero no era su culpa. Margarita le decía a su Germán: —"No puedo terminar la alfombra, parece que estoy **khenchachada,** desde que mi madre se ha ido, yo solita **t'isso** la lana, hilo y preparo el telar, no tengo yo la culpa, Germancito". El muchacho la escuchaba también conpungido: —"Entonces te ayudaré en las noches", hablaba. "—Peor va ser, decía la muchacha, no ves que el abuelo todas las noches se emborracha, puede hasta pegarte, creyendo que somos concubinos". —"Sí" —decía Germán—, que era un muchacho simpático de carácter y de índole comprensiva. Era el tipo del joven mestizo, gordito, retacón, un tanto blancoide, de nariz ñata, pero con una sonrisa capaz de enamorar a la mujer más reacia; no le gustaba tener pleitos con otros y era amigo de la vida placentera. Muy trabajador, había escogido el oficio de electricista por que no demandaba mucho esfuerzo y podía tener ayudantes con salario mí-

nimo. Era vivaz, capaz de sacar leche a las piedras. Germán estaba enamorado. Enamorado de Margarita. Se habían conocido en una fiesta de presterío y él quedó prendado de la muchacha. Desde entonces andaba tras de ella y buscando los encuentros "fortuitos" para hablar de sus mútuas preocupaciones

—Dame el agua caliente, Margacha —pidió el niño, listo para salir a trabajar; había llenado su lata vacía de crema Nugett con la pomada que le enseñaron a preparar los otros lustradores, un poco de manteca o grasa bien mezclada con anilina negra para los zapatos de ese color y otra con color café.

—Cuidado esas **jachas** te descubran, Juancho —dijo la hermana viendo los preparativos de Juancho y refiriéndose a la policía femenina municipal—, pueden arrestarte, no dicen que son malas como el maní crudo, al hijo del Celestino del lado le habían hecho dormir toda una noche en la posta, cuidado Juancho.

El niño sin responder a las recomendaciones de la hermana se dispuso a servirse el ma-

gro desayuno consistente en un jarro de sultana y una marraqueta. Después, con el cajoncito al hombro salió a buscar ganar el pan diario en la "hoyada", como llamaban a la ciudad levantada en el valle de Choqueyapu. El niño no había llegado a los diez años de edad y ya sabía cómo y dónde enfrentar a la vida.

La mañana estaba fría. Juancho, salió de la habitación y observó que en la noche había caído la helada. En medio patio de su casa encontró un bultito negro con manchas amarillas, era una **chaiñita,** seguramente el pajarito tratando de darse calor abandonó el nido en la noche y quiso volar, pero la baja temperatura del lugar lo había congelado en pleno vuelo haciéndolo caer en el patio. Juancho lo miró compungido, "pobrecito" murmuró, lo alzó y se lo metió al bolsillo junto a su trompo y las bolitas de jugar **tijchi.** En la calle, el frío mañanero le abofeteó en el rostro y en la esquina que debía embarcarse en el colectivo ya le esperaban Neno, el Chino Rodrigo y Angel; los tres amigos que vivían en el barrio marginal de Villa Ingenio

y tenían el mismo oficio de lustrabotas. Villa Ingenio era un asentamiento nuevo y donde la tierra y el viento se hermanaban corriendo por las calles, ingresando a las casuchas, haciendo vibrar los techos de calamina. Había que ser de bronce para resistir un clima tan hostil. De día la canícula les quemaba la piel del rostro acentuando su color moreno y en la noche el frío polar los hacía tiritar. El paisaje era soledoso y hasta agresivo. De nada valía que en el fondo tuviera de grandiosa decoración al **Wayna Potosí,** que sereno, imponente, parecía que de rato en rato bramara, que días estaba vestido de albo traje y otros envuelto en humaredas grises, amenazantes, dando a entender el cerro que estaba iracundo o dispuesto al castigo, castigo que no se dejaba esperar en llovisnas con furiosa ventisca o en granizadas destructoras. Villa Ingenio era un asentamiento de extracción campesina; los vecinos aimaras, oriundos de **Kalake,** una comunidad a orillas del Lago Titicaca, o de Ambaná o Ancoraimes, todos pertenecían a la región altiplánica boliviana. Ha-

bían dejado sus pagos en busca de mejorar su situación personal y económica. Eran campesinos aimarás fuertes, rudos, estoicos para resistir esa naturaleza tan dura. Todos tenían sus casitas modestas, construídas por ellos mismos. Nada habían pedido al gobierno y al gobierno poco le importaba que ese asentamiento de gente viviera en condiciones sub-humanas: sin agua, sin alcantarilla, sin luz.

—¡Ahí viene el 113! —Gritó Angel, que era el mayorcito del grupo.

Los cuatro amigos, apurados, se embarcaron. Al pasar por el pasillo, Angel, por el apretujamiento de pasajeros se estrechó un poco a una mujer que llevaba en una canasta su mercado. La mujer observando que el muchacho cargaba al hombro una caja de lustrar, lo miró iracunda, gritándole:

—**Wa,** a este **llokalla** qué le pasa, ¿creo quiere bolsiquearme?

Angel reaccionó inmediatamente.

—Acaso señora yo tengo cara de ratero.

La mujer era de malas pulgas y continuó encarándose con el niño:

—¿Y cuando pues los rateros tienen su letrero que dice "soy ratero"?

Ese momento desde más adentro, Juancho recomendó a su amigo:

—¡Calláte nomás Angel!, la **javie** puede **temerco.**

Todos los pasajeros quedaron en ayunas de lo que habló Juancho, sólo el hijo que acompañaba a la mujer empezó a reír:

—De que te ríes vos —le zarandeó la madre— **aurita** no se qué va pasarte.

El chico, siempre riendo, le respondió:

—Es que te han dicho "la vieja puede comerte".

Como la mujer dudaba de lo que había escuchado y de la traducción de su hijo, sólo atinó a comentar con la vecina del lado, un chola extremadamente obesa:

—Si estos **llokallas,** desde la Reforma Agraria se han vuelto bien alzados. ¿Qué se hará pues con estos?

—Así es señora, así siempre es —respondió la chola—, estos **yayas** ya se creen gentes, ya creen igualarse a nosotros.

Mientras murmuraban las mujeres habían llegado a la esquina en que debían bajarse los cuatro niños. Bajaron apurados y Juancho al pasar, descuidando a la mujer, dejó el pajarillo muerto sobre la carne que llevaba aquella en su canasta. El chico había reparado en la jugarreta que le hacían a su madre y el momento que los cuatro pilletes ya estaban en la acera, jalándole de la manga le señaló lo que había dejado Juancho. La mujer dio un alarido escalofriante, luego gritó:

—¡Maestro, maestro! esos **llokallas** han dejado un ratón muerto en mi canasta!

—¡No mamita —le aclaró su hijo— no es un ratón, es una **chaiñita.**

La mujer encolerizada, sin pensar mucho ni fijarse en lo que tenía en la canasta, le sopló una bofetada al niño diciéndole:

—¡Qué sabes tú mierda, es un ratón!

El niño por la bofetada injusta, alzando el cadáver del pajarillo le mostró a su madre, gritándole:

—¡No es un ratón, mamita, es una **chaiñita!**

La madre, inmediatamente quitó de la mano del niño lo que creía que era ratón y le dijo: "¡Cochino, es un ratón muerto, suelte eso!", y arrojó el bultito hacia adelante, con tan mala suerte que fue a la cabeza de un viejo, como todo viejo cascarrabias, que levantándose la insultó:

—So **birlocha** y mierda, ¿qué cree que soy su **lacho** para que me suene con esta piedra? Y le devolvió el bultito que cayó en la cara de la chola que estaba al lado de la mujer. La chola echó el grito al cielo e incorporando su enorme humanidad en son de batalla; desesperada gritaba al no poder salir rápido:

—¡Déjeme pasar, señora!; ¡pero déjeme pasar!, ¡a este viejo le voy a sacar la enjundia!

Se armó tal alboroto dentro del colectivo que el chofer, ya nervioso y molestado, detuvo el vehículo bruscamente y por efecto del sacudón,

los pasajeros que estaban de pie se dieron cabeza con cabeza.

—¡Este cholo quiere matarnos! —gritó una mujer refiriéndose al chofer, quien al sentirse aludido se dio la vuelta para responder:

—¡Quién es cholo para usted! **¡Birlocha** y cuerno!...

La mujer tomando actitud ofendida, respondió:

—Miren a este atrevido, que me ha llamado de **birlocha**, como si fuera de su clase, pero a mi marido le voy a traer pa'que le siente el juicio.

El chofer, ya iracundo, le respondió:

—Puede traer a su marido y a su amante y a toda su familia, por igual les voy a dar a toditos.

—¡Han oído todos ustedes señores! —discurseó a todos los pasajeros—. ¡Han oído ustedes, este cholo me está insultando! ¡Me ha dicho puta y corneadora! ¡A mí, a mí!...

En ese momento intervino otro pasajero y calmó los ánimos exaltados, hablándoles mien-

tras les mostraba una Biblia que Jesucristo iba a venir, que para ese momento glorioso debían estar preparados en santa comunión los prójimos. Habló bastante tiempo tal sarta de disparates que todos quedaron embobados y se olvidaron de las peleas anteriores. Era uno de esos Testigos de Jehová criollos, entrenados para emocionar a las gentes sencillas del pueblo; que después de escucharle la perorata, hasta el chofer se sintió tocado del Espíritu Santo y mansamente reanudó la marcha del vehículo.

II

Desde el borde de la altiplanicie de El Alto, los muchachos observaron la hoyada que se extendía a sus pies. Muy cerca de ellos y a pocos metros brillaba el retaceo de calaminas viejas en los techos de las casuchas que habían construido gentes pertenecientes a las capas más pobres de la población. Al Sur se distinguía el grupo de edificios altos, elegantes y modernos haciendo contraste con la sordidez de estas viviendas y queriendo pretensiosamente dibujar la silueta de un gran ciudad.

—¿Por dónde bajamos ché? —preguntó el más pequeño del grupo, un niño paliducho que esforzadamente cargada su cajoncito de trabajo,

era el **chino Rodrigo,** no pasaba de diez años de edad y ya tenía bajo su responsabilidad a su hermanito Crisanto de ocho años. Habían quedado huérfanos de padre y madre y los dos, desde esa edad, tenían que enfrentar a la vida; el **Chino** de lustrabotas y Crisanto vendiendo loterías para un hombre a quien nunca podía contentar y el que siempre hallaba pretexto para engañarle el porcentaje que le correspondía.

—Por el camino que va directo al Cementerio es más corto —ordenó Angel que hacía las veces de jefe del grupo.

—Pero es más parado y puede uno rodarse —arguyó el **Chino Rodrigo**.

—Tú ponte al medio de nosotros y así no te **cayes** pues —argumentó Angel.

Y tomaron el sendero, empinado, angosto, peligroso. Mientras bajaban, charlaban de sus problemas. A pocos metros les seguía una mujer con su hija. La madre llevaba en cada mano una olla de comida envuelta en muchos manteles y aguayos para que no se enfriara y la niña cargaba a la espalda un atado con los platos

y en una mano la canasta con las cucharas, el cucharón de servir y dos servilletas grandes para secar los utensilios usados. La madre era **mankhapaya** y la hija su ayudante. Como iban apuradas lograron adelantarse al grupo y cuando cruzaban las dos mujeres, Angel les preguntó:

—¿Has cocinado **chairito** hoy día doña Justa?

—No —respondió la mujer sin dejar de caminar— el primero es almuercito de fideo y el segundo ají de alverjas. Van a venir pues. Y se alejó a paso largo seguida de su hija.

—Lo mismo y lo mismo nomás cocina cada día —comentó el **Neno,** un muchachito que tenía la barriguita bastante desarrollada y era tan abandonado como los otros. El padre de oficio adobero apenas ganaba para subvenir su vicio alcohólico y le importaba poco que sus tres hijos comieran o nó. El hambre le hizo buscar a **Neno** una manera de ganar algunos centavos y llevar el mendrugo cotidiano a sus dos hermanitas: Chila y Chabela. A la menorcita la

hermana le tenía ojeriza porque la madre había fallecido al darle a luz, y no perdía ocasión para enrostrarle injustamente, gritándole: **Mankha mama.** Al escuchar el insulto Chabelita lloraba amargamente. Cómo ella podía ser una "Come madre".

—¡Si yo no he comido a mi mamita! —gritaba desesperada— por qué me dices así. Pero Chila la mayor, duramente insistía:

—Es por tu culpa que no tenemos mamita, es por tu culpa **larpfata.**

Chabelita era **larpfata,** había nacido raquítica. Era una niña frágil que parecía modelada en cera de Castilla por el color anémico de su tez, en el que sobresalían dos ojos negros, centelleantes y grandes. Ninguno de los hermanos quería compartir cama con ella; decían que el cuerpo de Chabelita ardia de calor y la tos persistente, que desde algunos meses atrás se le había presentado, no les dejaba dormir. Chabelita, como un perrito se acurrucaba sobre un cuero de llama y cubierta con un **pfullu** nativo quedaba profundamente dormida, despertando

de rato en rato con la tos persistente que molestaba a los hermanos y hacía dúo con la otra tos del padre que ya era convulsiva.

* * *

Después de cruzar varios callejones, algunos con graderías de piedra; por cuyo centro a manera de canales rústicos corrían las aguas servidas de las casas que formaban los barrios altos del Oeste de la ciudad: La Portada, Chijini Alto, Munaypata, el grupo de muchachos llegó a la avenida Kollasuyo, una calle de regular anchura, empedrada, sucia, maloliente, que empezaba en El Alto de La Paz para terminar en la plazoleta del Cementerio. Los niños caminaban en fila por en medio del gentío de mercaderes y obreros que se dirigían a su trabajo. El **Chino** iba al final. Cruzaban el inmenso arco del Cementerio. De pronto el **Chino** sintió que alguien lo cogía del hombro y lo zarandeaba,

preguntándole al mismo tiempo en tono agresivo:

—¡**Llokhalla** mañudo! ¿Dónde está su hermano?

El **Chino Rodrigo** rápidamente volvió la cabeza para ver al agresor. Era don Isaco, más conocido por el Tatake, el vendedor de loterías de quien dependía Crisanto.

—Está enfermo caballero —respondió el **Chino** tímidamente, con los ojos caldeados de lágrimas.

—¿Asíii? está enfermo? Entonces el **Khoro Cucho,** le vería pues a su alma vendiendo loterías en el Prado, nada menos que para la **Sarna caballo** que es mi enemiga.

Los tres amiguitos rodearon al Tatake, recalcando que Crisanto estaba enfermo y que el insidioso de **Cucho** era un malvado.

—El **Cucho** siempre es así, es un inventor, es un chismoso, caballero, el pues te ha hecho pelear con la **Sarna caballo,** acaso no te acuerdas, mi hermanito está enfermo, está en la cama.

—De qué camas hablas pues, **llokhalla** mañudo, si ustedes duermen en la puerta del **Merlan,** ¡carajos! acaso creen que no sé.

—**Aura** ya no dorminos en **hay** —se defendió llorando el **Chino Rodrigo.**

—Sí don Isaco —intervino Angel— mi mama lo ha llamado al **Chino** y su hermano. Están durmiendo en nuestro cuarto don Isaco.

—A mi **llokhallas** de mierda, qué me importa dónde duermen. Lo que yo quiero es que el hermano de este **llokhalla** mañudo, me pague los tres pesos que me debe, o **sinos** con la autoridad le voy hacer arrastrar. ¿No es cierto señorita? Preguntó dirigiéndose a una mujer uniformada de policía municipal, que permanecía detrás de él.

—Sí, tiene razón el señor —intervino la mujer y por hacer sentir su autoridad, severamente les pidió: —a ver ustedes muéstrenme su autorización del señor Intendente para lustrar en las calles. Los niños se miraron unos a otros porque ninguno tenía la tal autorización y ni era necesario obtenerla.

—No tenemos señorita, no tenemos nada —dijo Angel un poco asustado.

—No le decía don Isaco, estos **llokhallas** deben ser unos rateros, unos malentretenidos, en este momento los puedo arrastrar a la Intendencia y **hay** el señor Intendente puede ordenar a los gendarmes que les den una vergueadura hasta que hablen.

Los cuatro niños oían y miraban asorados a la autoridad municipal. No caían en cuenta por qué iban a aprehenderlos ni qué iban a hablar ellos. Juancho ese momento recordó lo que su hermana le había recomendado: "esas **jachas** son malas como el maní crudo". El Tatake Isaco, complacido y sonriente, observaba el temor de los niños ante aquella suprema autoridad. La mujer nuevamente habló:

—¿Y en dónde lustran ustedes?

—En la plaza Kennedy, señorita —respondió Angel.

—**Hay** siempre están estos pájaros, ja, ja, ja —refrendó el Tatake Isaaco, riendo no sólo con la boca, parecía que su abultada barriga

también estuviese riendo porque se movía cobo una inmensa y repugnante masa de gelatina.

—Está bien —habló la mujer frunciendo el entrecejo— **aura** me tienen que dar a un peso de multa porque no tienen autorización. ¡Rápido!

Angel miró asustado a la mujer policía. Los otros amigos se colocaron detrás de él.

—No tenemos plata señorita —le dijo— recien estamos bajando a trabajar, señorita.

—¡Qué dicen! —gritó iracunda— ¡Qué no tienen plata!

—Mentira, mi tenienta —habló Tatake— seguro tienen estos **llokhallas** en su bolsillo. ¡Yo les voy a registrar.

Registró a Angel y no encontró un centavo, y cuando iba a repetir lo mismo con Neno, el niño empezó a chillar en forma tan escandalosa que en un instante se arremolinó un corro de mujeres alrededor del grupo, al punto que Tatake y la "tenienta" no supieron cómo actuar.

—¡**Wa** que están haciendo con estas pobres **wawas!** —gritó una chola.

—¡Este mozo abusivo quiere robarles pegándoles a estas **wawas,** doña Bertha —gritó la otra.

—¡**Wa!** Y por qué no va pues a medirse con uno de su misma edad este mozo maricón! —se enfrentó doña Bertha.

Mientras los cuatro amigos armonizaron un coro de llanto, capaz de conmover a las piedras. Es indudable que la única defensa del niño es el llanto.

—Es que uno de estos **lia** robado a este caballero —habló la policía, señalando a Tatake.

—¡Mentira mama! —rectificó Angel— quiere que cada uno le demos a un peso.

—¡Estará loca esta birlocha! ¡Jesús María! —gritó la mujer a quien le llamaron doña Bertha— de que pues le han de dar a un peso, si el centaje es veinte centavos y con papeleta verde, **¡Wá!**

La policía municipal, al escuchar que le decían **birlocha,** reaccionó violentamente:

—¡Birlocha será su hija, **schola** y cuerno!, sepa usté que mi madre es de vestido, es una señora que tiene su tienda por si acaso y en la calle Murillo —respondió orgullosa la "tenienta" con la gorra ya ladeada por los movimientos de furia que hacía al gritar peleando.

—Eres nomás pues birlocha —le respondía tranquilamente doña Bertha, la mona aunque se vista de seda, mona se queda.

—¡Qué ha dicho esta **schola!** —gritó iracunda la policía— la voy hacer arrastrar **aurita** mismo por faltamiento a la autoridad y le voy a clausurar su puesto.

—Jajay, me río sepa **usté** que es mi compadre el Intendente y más bien a **usté** le pueden votar, ¡jajay que me van a clausurar mi puesto!, vean pues la traza de la clausuradora. Y las otras mujeres miraron a la "clausuradora" con gesto tan irónico que la mujer se puso de color verde de cólera.

Mientras peleaban la "tenienta" y doña Bertha, los cuatro niños habían aprovechado para deslizarse por entre el gentío y desaparecer.

Sólo el Tatake se dio cuenta y zapateaba de enfado, murmurando entre dientes "estos **llokhallas** ya se han hecho humo".

* * *

Por diferentes caminos llegaron al punto de encuentro que era el monumento al presidente Kennedy. Neno fue el último. Había dado un largo rodeo para despistar a la policía municipal y al Tatake Isaac. Llegó ascezante, sudoroso, lo primero que dijo fue:

—De lo que **mey** librado ché, si me registraba el Tatake me hubiera robado mis uno cincuenta que me estoy guardando para comprarme una **choca.**

—Es que eres bien cojudo Neno —le respondió Angel— la plata nunca se pone al bolsillo, hay que ponerlo al zapato como yo. Y les mostró las cinco monedas de un peso que había ocultado dentro del zapato y que el Tatake no pudo encontrarlas.

—Es que mi zapato está **aujero** —comentó tristón Meno— y puede salirse pues.

—**Aura** ¿qué hacemos? —preguntó Angel— seguro el Tatake **vía** buscarnos.

—Y si nos vamos al parque Riosiñho —propuso Juancho— por **hay,** hay también harta gente.

—Pero que nos van a dejar —argumentó Angel— si están **hay** los de Villa Tawantinsuyo y son hartos y más antiguos que nosotros. Nos pueden hasta pegarnos.

—¡Ya sé ché! —gritó Neno— vámonos a la Comercio.

—Ché Neno —respondió Angel ya malhumorado— siempre eres bien cojudo, estás pateando oxígeno, si **hay** están llenito las **jachas** paseándose y charlando. Entonces intervino Juancho y habló con mucha seriedad:

—Ché Angel, mejor nos quedaremos aquí nomás, y si viene esa **jacha** con el Tatake Isaco, gritamos pues como el Neno ha hecho en el Cementerio; no ves que tienen miedo que se junte la gente.

—¡Listo ché! —exclamaron los cuatro amigos y estuvieron de acuerdo en utilizar el llanto a gritos como arma defensiva contra los **jachus.**

* * *

En el lugar del bochinche continuó unos minutos más la discusión. La mujer policía urbana, desde el pretil de la acera miraba desesperada a izquierda y derecha buscando con la vista refuerzos que le ayudaran a "sentarle la mano" a doña Bertha, quien había regresado a colocarse en su puesto de venta de galletas y dulces muy segura de sí misma y haciendo alarde de su buen humor lanzaba carcajadas innecesarias y provocativas que llegaban a los oídos de la policía, como hierros al rojo removiendo una llaga. Después de una espera inútil, la policía dirigiéndose a Isaco el Tatake, le dijo:

—Acompáñeme señor, vamos a traer fuerza pública para hacerle arrastrar a esta mujer.

La respuesta de doña Bertha fue una estridente carcajada que los puso mohinos a policía y Tatake, quienes se alejaron apurando el paso nerviosamente.

La frutera que se sentaba más allá del puesto de doña Bertha, comentaba con su vecina:

—Bien le ha dicho la Bertha, ¿será siempre su compadre el Intendente? Y la que vendía hamburguesas crudas de carne de llama, bajando la voz le murmuró

—Es pues su compadre, si todos los intendentes siempre son sus compadres de bautizo y esta Bertha tiene un solo hijo, ¿cómo será siempre pues?

—¿Al mismo chico le hará bautizar cada vez nó? ¡Ay tata Dios! A mí me daría miedo.

—Sí pues, no dice que el chico tiene fe de bautismo en todas las parroquias de la ciudad, hasta así grande lo había hecho bautizar con este último Intendente, si dice que el cura le había reñido a la Bertha, le había dicho: "señora cómo pues lo ha tenido **moro** hasta tan gran-

de, sólo faltaba que saliendo del cuartel lo haga bautizar".

—Y ¿que diría la Bertha pues nó?

—Le había dicho "perdónenos padrecito, es que vivíamos en la finca y no llegaban padres **hay** dentro". Y de **hay** le había aceptado nomás. Después del bautizo fuerte había sido la farra de la fiesta, le habían sacado al Intendente **boqueando** de tan borracho, no sabía dice ni qué se llamaba, ni dónde vivía, habían tenido que llamar a un gendarme que vive cerca pa'que lo lleve a su casa.

—Entonces está segura la Bertha —comentó la frutera— pero **khenchachada,** ¿no es cierto? si hace bautizar al mismo chico una y otra vez.

—Ay, cómo será pues —respondió la hamburguesera.

La afluencia de gente y vendedoras había llenado la calle. Debajo del letrero que decía: "Prohibido instalar puesto de venta en esta acera"; haciendo caso omiso de la ordenanza municipal firmada por el Intendente, un abigarra-

do número de mujeres, sentadas lado a lado. ofrecían al viandante la variedad más extraña y opuesta de mercaderías; una sobre un mantel había dispuesto pequeños montoncitos de chuño y caya, al lado, otra ofrecía objetos de baquelita, y la que vendía papas tenía de vecino a un fabricante de lamparitas para mesa de luz, más allá la que ofrecía **Isaño** para hacer **tayachas,** otra **tarwi,** alimento preferido del nativo. Y en la acera del frente, dando colorido al sórdido espectáculo del Cementerio, un mercado de flores proveía a los deudos que iban a honrar a sus muertos. Era la ciudad que había despertado a su trajín cotidiano, con su insuperable pobreza, su mugre y su desidia

III

En la plaza Kennedy, los cuatro amigos se colocaron a muy poca distancia uno del otro. Les gustaba trabajar así porque mientras realizaban su labor de lustrar calzados no dejaban de charlar o burlarse de los mismos clientes en un lenguaje muy especial que consistía en repetir algunas palabras al revés, por ejemplo en vez de decir lustrado decían **dotralus.**

—¡Chino! —preguntó Juancho— ¿acaso el Crisanto está enfermo? Si lo he visto en La Tranca de Río Seco comiendo un **silpancho.**

—No pues —respondió el **Chino Rodrigo— ley** mentido nomás pa'que no friegue El Crisanto está trabajando **ande** un viejo en Sopoca-

chi. Le había dicho ese viejo que le va pagar bien. Hablaba el niño, alternando la charla con los salibasos que echaba a la punta de los calzados del cliente a quien lustraba, a objeto de sacar más brillo con su saliba. El que se hacía lustrar, un oficinista de tercera o cuarta categoría, al observar la singular técnica del lustrabotas, le reclamó:

—Oye **llokhalla,** qué es eso de sacar brillo a puro pollo.

—Yo así nomás lustro, caballero, —respondió de mala gana el **Chino Rodrigo.**

—Me lo vas a secar el cuero, carajo, —volvió a reclamar el hombre— eso se saca con crema, como pues a puro pollo.

—Para sacar solo con crema tendría pues que cobrarle el doble.

—Asi que **llokhalla** mañudo, de la noche a la mañana queres tener plata, con veinte centavos que te pago se pueden comprar cuatro marraquetas, yo de cojudo nomás vengo hacerme lustrar con ustedes.

El **Chino Rodrigo** le dio el golpecito tradicional a las dos puntas de los calzados, para avisarle que el trabajo estaba concluido. El hombre miró las puntas de sus calzados, y haciendo un gesto de descontento le arrojó diez centavos, diciéndole:

—¡Y dí que es tu santo!, que tu lustrada no vale ni cinco centavos. Y empezó a bajar por la avenida América.

El **Chino Rodrigo,** rápidamente guardó los utensilios de trabajo y colgando su cajita de un hombro persiguió al individuo.

—¡Caballero, pagame pues!, faltan diez centavos, ¡pagame pues!

El hombre paró en seco e iracundo le respondió:

—¡Qué tanto jodes, **llokhalla** carajo! ¡De qué te debo, mañudo!

—De lo que **tey** lustrado pues, si me has dado sólo diez centavos, la lustrada cuesta veinte.

—Así que tengo que pagarte de lo que me has lustrado a puro pollo.

—Qué **via** ser a puro pollo, si le estoy poniendo tinta, crema, ¡pagame pues caballero! —ya gimoteaba el **Chino Rodrigo.** En eso llegaron a la esquina de la calle Viacha y el hombre viendo que el lugar estaba desierto, al mismo tiempo que le lanzaba una bofetada, le decia:

—¡Tomá **llokhalla** los diez centavos! Tratando de ese modo amedrentar al niño. El **Chino** recibió la bofetada de sorpresa y quedó mudo un instante, miró rápidamente a un lado y al otro, y viendo que se acercaba un carabinero hacia ellos, rompió en desesperado llanto, a gritos, y se prendió del vestón del hombre, quien a empellones trataba de hacerse soltar.

—¡Llokhalla carajo, me estás ensuciando mi traje nuevo! ¡Suelte, carajo, suelte! —le gritaba, pero el **Chino Rodrigo** estaba ya cogido con las dos manos, sucias de crema y tinta, del vestón del oficinista, que realmente lucía un traje gris claro, flamante, en el que estaban quedando las huellas de las manitas del lustrador.

En eso llegó el carabinero. Era un hombre que había recibido instrucción en el Cuartel del Cuerpo de Carabineros y tenía entre ceja y ceja que debía intervenir allí donde observara alguna alteración en el orden público. Con gesto adusto, preguntó:

—**¿Quí ti** estás pasando, **siñores?**

El niño fue el primero en quejarse a gritos y sin soltarle el saco al individuo:

—¡No quiere pagarme, mi sargento! —Lloraba— **¡sia** hecho lustrar gratis mi sargento! —se quejaba.

—¡Cómo **is eso!** —preguntó, severo, el carabinero.El hombre hablando rápidamente y ya molestado por el incidente que el mismo había suscitado, replicó:

—Este **llokhalla** es un mañudo, mi sargento. Le he pagado diez centavos porque me ha lustrado a puro pollo.

—El precio es veinte centavos, mi sargento, y no ha sido a puro pollo, tiene crema, tiene tinta, mírele mi sargento... mírele sus zapatos,

—se defendió el **Chino Rodrigo,** llorando, hipando, pero sin soltarse del saco del oficinista.

El carabinero bajó la vista hacia los calzados del oficinista y observó que estaban reluciendo como nuevos.

—No **sías** abusivo, **siñor** —le ordenó— pagale al chico, están nuevitos tus zapatos. **Istoy** mirando.

La gente comenzó a reunirse y una vieja que regresaba de haber oído misa en la Recoleta, empezó a comentar en voz alta: "¡Qué barbaridad! Sólo en Bolivia se ve esto, cómo querer engañar a un niño, estos hombres son unos abusivos con los niños; sólo en este país salvaje se da ese trato a los niños, si vieran en Buenos Aires...". El oficinista al ver frustrado su intento de engañar al lustrador, le arrojó los otros diez centavos, diciéndole bajito:

—Si no estaba el Zacarías **Kholque,** ya hubieras visto lo que te pasaba, **llokhalla** mañudo.

El carabinero que tenía el oído fino escuchó la alusión y muy puesto en razón habló:

—¡**Istas** faltando a la autoridad, **siñor!** ¿Quién **is** Zacarías **Kholque? ¿Qui** plata **tistoy** sacando? ¡Hablá! **Aura** mi acompañas a la **siccional di** la Pando.

El hombre vio que la situación estaba tornándosele adversa, conciliador dijo:

—No he dicho Zacarías **Kholque,** mi sargento, ha escuchado usted mal.

—Yo **hi** oído, has dicho Zacarías **Kholque.**

Había llegado el momento de la revancha para el **Chino Rodrigo:**

—¡Sí, mi sargento, **lia** dicho Zacarías **Kholque** —gritaba— **lia** dicho Zacarías **Kholque.** Llevalo a la seccional, que **lia** hagan pagar multa, ¿acaso eres Zacarías **Kholque?**

El oficinista miraba al niño lustrador con ojos enrojecidos de odio y repitiendo movimientos nerviosos con la cabeza.

La vieja que hablaba de los derechos del niño, preguntó al de su lado:

—¿Y qué quiere decir Zacarías **Kholque?**

—¿Acaso no entiende señora? Le está diciendo pues "Sacarías plata, sacarías dinero",

como diciéndole que está acostumbrado a pedir coima.

¡Ahaaa! —exclamó la vieja y risueña continuó su camino.

El carabinero había cogido del brazo al oficinista y lo conducía hacia la comisaría. El **Chino** los siguió un trecho más y cuando observó que el oficinista alcanzaba un billete a la autoridad, entre sí dijo: "ya se arregló el sargento y se fregó el gilorio". Se dio media vuelta rumbo al sitio de su trabajo. Allí le esperaba Angel con noticias.

—Ha venido el Tatake, pero sin la **jacha,** ha dicho que si no le pagas hasta el domingo, al Crisanto lo va hacer encerrar en la Intendencia con la **jacha,** ha dicho que la **jacha** está plumeando porque no le hemos dado a un peso.

—Y cuando **vía** a regresar ha dicho.

—El lunes.

—Yo el lunes me hago pepas, pero si al Crisanto le paga su sueldo el viejo de Sopocachi se lo traigo los tres pesos del Tatake.

Y los cuatro amigos, lustradores de oficio por las circunstancias económicas que atravesaban los suyos siguieron trabajando alegremente, riendo, burlándose de los otros y llenando su estómago con una vianda de doña Justa.

* * *

Ese atardecer, el azul del cielo se había ensombrecido con nubarrones oscuros que pesadamente se acercaban a la tierra El **Wayna Potosí** ocultaba su bella cabeza detrás de un telón espeso de nubes blancas y todo amenazaba lluvia. La altiplanicie estaba trajeada de color gris, de ambiente lúgubre, mientras la ventisca helada calaba de frío los huesos. Empezaban a caer las primeras gotas distanciadas cuando los cuatro amigos lustradores desembarcaban de un EMTA, servicio municipal de transporte popular a las villas, en la esquina de Tawantinsuyo.

En este asentamiento humano de Villa Ingenio, se hermanaban la pobreza, la enfermedad, la desocupación y la total indiferencia del gobierno para solucionar los problemas vitales del barrio. Aquí el hombre vivía muriendo. Aquí el hombre debía ser de bronce para soportar naturaleza tan dura, y tener el alma templada para no desesperarse. Los cuatro niños regresaban chacoteros, riendo. El día les había sido provechoso; algunos clientes hasta habían hecho cola para hacerse lustrar los calzados. Se sentían millonarios. Neno llevaba para sus hermanitas cinco maicillos comprados a Cayetano en la Plaza Pérez Velasco; y Juancho, contaba y recontaba los diez pesos ganados ese día. Todos estaban felices porque habían conseguido con su trabajo la seguridad económica para tres días de alimentación.

Llegando a la esquina de la panadería de doña Felipa cada cual tomó el rumbo de su casa.

* * *

Neno, en la puerta de la habitación que les servía de morada encontró a Chila llorando.

—La Chabela ha vomitado sangre —dijo la niña muy asustada—.

—**Aura** ¿qué hacemos? —gimoteó Neno— ¿y el papá no ha venido?

—Está borracho, está tomando en la cantina del **Kharakunka, hey** ido avisarle y me ha dicho "mejor que se muera esa **larpfata"** y rompió la niña en angustioso llanto.

—¿Y le has avisado a su madrina? —preguntó Neno con la amargura dibujada en su rostro infantil.

—Ha corrido un rato hasta aquí porque estaba yendo a lavar ropa a Sopocachi, dice que le avisemos al padre Venancio y que le demos api a la Chabela, que eso le va reponer la sangre. Dice que a la tarde va venir trayendo remedios.

Los dos niños se acercaron a la enfermita. Chabelita abrió los ojos grandes, centelleantes, miró a sus hermanos y débilmente pronunció: "Neno, ya te has venido".

Neno respondió ternuroso a la hermanita enferma:

—Si **larpfatita,** te lo **hey** traído maicillo del Cayetano. Chabelita respondió susurrante: "Guardámelo **pa'mi** sultana de mañana, ¿yá?".

Los dos niños no sabían qué hacer.

—Y si le diéramos beterraga —dijo Neno— la beterraga también es rojo.

—Nó, mejor iré nomás a comprar api. ¿Tienes veinte?

—Sí, **mey** ganado harto hoy día. **traye** pan también.

Chila, tapándose desde la cabeza con una mantita, corrió a la tienda a comprar una bolsa de api y pan. En el camino le abordó una vecina, doña Eusebia, preguntándole:

—¿No dice que la Chabela ha trasbocado sangre? Cómo es pues eso.

—Si pues doña Eusebia —le contó la niña— esta mañana se ha amanecido nomás bien la Chabela, sólo ha dicho "calor me hace, calor me hace", yo le estoy diciendo ya te va pasar, más bien ayudame a pelar papas, se ha sentado, pe-

laría dos papas y a lo así nomás a dicho "quiero vomitar, quiero vomitar" y en un ratito a votado sangre viva; yo he corrido a llamar a su madrina, después le hemos encontrado hincada con su cara con sangre y en la lata harta sangre siempre había.

—Ay **wawa,** pobre **wawa,** y **¿aura?**

—Api le vamos a dar y después el Neno va ir a buscarlo al padre Venancio. Su madrina también dice va traer remedios. Que será siempre de esta mi hermanita —lloró amargamente después de contarle—.

—Ya no llores pues Chila —le rogó doña Eusebia— se va sanar, más tarde voy a traerle caldito de nervio, eso la va recuperar bien.

Luego las dos mujeres se separaron. La niña fue a comprar el api y el pan. La anciana a hacer hervir el caldo de nervio que había ofrecido. Los pobres siempre son solidarios.

* * *

—Chabelita, despertate pues, tomá un poquito de api, le rogaba Chila, sosteniendo un jarro con la mazamorra. La niña enferma abrió los ojos y los volvió a cerrar; estaba agotada, hizo esfuerzo nuevamente de incorporarse y no pudo; débilmente dijo a sus hermanos: "no quiero comer nada".

—Comé nomás **larpfatita** —le rogó Neno.

La niña quería mucho al hermano porque nunca le había echado en cara la muerte de la madre cuando ella nacía. Se incorporó dificultosamente y tomó cuchara a cuchara más de medio jarro de api. La tos seca y persistente, con sonido a caverna, no la dejaba tranquila.

—De esta tos me sanaras, Neno —rogó al hermano— me hace doler el pecho.

El niño miró con ternura a la enfermita y respondió:

—Ya va venir el padre Venancio, ya lo **hey** llamado. Va traértelo remedios me ha dicho.

Con las pocas cucharas de api que tomó, la niña había recuperado un poco, sólo la tos persistente la castigaba con crueldad. Era una tos

que la hacía transpirar, que la debilitaba, y que la niña trataba de dominarla agarrándose el pecho con las dos manitas.

Llegó el padre Venancio. Era un sacerdote alto y fuerte como un roble. De rostro colorado, simpático, y de trato cordial y humano. Su parroquia componía gente humilde, muy pobre y desamparada. El padre Venancio lo sabía y pedía a instituciones de Holanda, su país; que le mandaran alimentos para paliar el hambre de esta gente, y medicamentos, que él con la ayuda de un joven médico, repartía entre los enfermos. Era muy querido por los vecinos. Su carácter jovial despertaba la confianza de los que se le acercaban a pedirle consejo o ayuda. Era lo que llamaban un sacerdote **tercermundista.**

Desde la puerta del cuartucho del adobero, gritó el cura:

—¡Dónde estás mi Chabelita querida!

Los niños que ya lo conocían, iluminaron su rostro de alegría. Era como si la bendición

del cielo se acercara a ellos. Le guiaron al rincón donde acurrucada tosía y tosía la enfermita.

—¡Oh! Santo Dios —exclamó angustiado el padre Venancio observando tanta pobreza— ¡mi querida **guagua!** cómo estar aquí, ¡Chila! trae un poco de agua calientita, hijita.

Chila le alcanzó un poco de agua en un jarro y el padre Venancio le hizo tomar a la niña enferma una tableta de vitamina K, para detener la hemorragia pulmonar. Chabelita lo miraba al padre Venancio con tanto amor, igual a la ternura que le daba el sacerdote.

El cuarto del adobero era sórdido, no había ningún mueble, sólo cueros de llama en los rincones, que el padre y los niños hacían servir de lechos, y cerca de la puerta un **kheri**, hornilla rústica, donde hervía el agua para el desayuno, o cocinaban el chuño, la papa, la caya de su alimentación. Un par de ollas de aluminio, muy sucias y abolladas, cuatro jarros y algunos platos del mismo metal. En otro lado, sobre un cajón de madera, un bañador rojo de baquelita, y una lata vacía de leche KLIM era el balde.

¡Dios mío! qué miseria y desamparo soportaban los tres niños.

El padre Venancio recorrió la vista por toda la habitación, observó la miseria en que vivía esa familia, a los dos niños, todavía sanos, sentados en sus cueros de llama, que con sus ojitos acuosos y brillantes de lágrimas esperaban que hablara aquel buen sacerdote sobre la enfermedad de Chabelita. Sólo alcanzó a decirles, en tono muy angustiado:

—Neno, la Chabelita necesita muchos remedios, me la voy a llevar a mi casa para cuidarla. El doctor Janshen mañana la va a ver.

—Bueno padre, —respondió Neno.

—Pero mañana yo voy a ir a verle, ¿no padre? —preguntó Chila.

—Claro hija, puedes nomás venir cualquier rato. Y cuando regrese tu padre le van a decir: "el tata Venancio le ha llevado a la Chabela". La envolvió en la frazada con que la niña se cubría del frío. Había adelgazado mucho, pesaba como una criatura de un año. El cura la llevaba en los brazos, y le seguían en cortejo triste los

dos hermanitos: Neno y Chila. Tenían que recorrer ocho cuadras de una villa en la que era dueño y señor el viento helado y la polvareda que a todo resquicio ingresaba, que empolvaba los rostros de las gentes, las ropas y hasta el alimento. Algunos vecinos salían a sus puertas como sombras desde la penumbra, y saludaban al párroco:

—Buenas noches, padre Venancio. —repercutían las voces en ese medio de silencio sepulcral.

—Buenas noches, fulana —y a todos respondía por su nombre propio.

Felizmente era noche de luna llena y podía caminarse por aquellas calles sin extrañar la luz eléctrica, sin necesidad de una linterna.

En la parroquia que era modesta, el padre Venancio preparó una camita en su propio cuarto. La luz de la lámpara a gas alumbraba como de día. Luego despachó a Neno y Chila después de invitarles un chocolate caliente.

—**Aura** chicos, váyanse a dormir. Corriendo a la casa.

Los dos niños regresaron con el alma llena de esperanzas. Chabelita quedaba en las buenas manos de ese cura generoso y cristiano

* * *

Al día siguiente, desde las seis de la mañana, merodeaban por la parroquia, Neno, Chila y sus tres amigos, esperando que el padre Venancio abriera su puerta. A las siete en punto apareció en el umbral la figura risueña del párroco.

—¡Ola pichones madrugadores! —les gritó y dejó que entraran a visitar a la enfermita. Minutos después llegó doña Eusebia trayendo en una ollita envuelta en periódicos y manteles, el caldo de nervio que había ofrecido. Chabelita se encontraba aliviada; las tabletas de vitamina K habían detenido la hemorragia pulmonar; pero la tos continuaba igual, persistente, agobiadora, torturante. Con el caldito de nervio reaccionó bastante bien la niña. Miró a Neno y sus amigos, todos cargando sus cajitas de lustrar,

a su hermana Chila que ahora la trataba con el diminutivo de **larpfatita,** a doña Eusebia, al párroco, y sintió que su pequeño corazón rebosaba de alegría, de seguridad.

—¡Haber pichones! —habló el cura— ya **lan** visto a la Chabelita, **aura** chicos a trabajar, que ya ha llegado el doctor Janshen.

Los niños abandonaron la habitación, remolones, cariacontecidos, pero el padre Venancio les había recordado que debían ir a trabajar, a ganarse el pan diario.

* * *

El médico ingresó al dormitorio del párroco. Era un hombre muy joven, seguramente no había llegado a los treinta y cinco años. De continente modesto, con una permanente sonrisa de amistad en el rostro, que hacía aflorar humildad y comprensión, durante el interrogatorio al enfermo para diagnosticar el mal.

—Así que esta es mi hermosa niña —exclamó el doctor, rebasando de sus ojos la ternura— a quien yo voy a atender como un vasallo a su reina, ¿no mi hijita?

Chabelita no entendía las palabras del médico, pero intuía el amor con que habían sido repetidas.

—Sí doctor —dijo la niña y lo miró intensamente, como suelen mirar los niños cuando les despierta cariño y confianza una persona.

El doctor Janshen la auscultó minuciosamente, después se dirigió al padre Venancio:

—Es urgente sacarle una radiografía, padre. o internarla en el broncopulmonar —dijo— pero primero la radiografía.

—Pero, ¿dónde? —preguntó el cura apenado y pensando en lo flaca que estaba la caja parroquial.

—En la clínica donde yo trabajo pues padre, esta tarde entro de turno, puede traerla en el jeep a las tres; ¿qué le parece? Yo después voy a estar arreglándome con la administración.

—¡De acuerdo! —aceptó eufórico el padre Venancio—.

Chila y Chabela, se miraron temerosas pero confiadas en aquellos dos hombres que habían hecho de sus vidas un apostolado de servicio al prójimo.

* * *

Eran las ocho de la mañana y el barrio comenzaba a quedar desierto. La mayoría de sus habitantes, hombres y mujeres, se descolgaban a la hoyada a trabajar. En Villa Ingenio, entonces, se escuchaba hasta el silencio y sólo al viento que de rato en rato alzaba el polvo y lo arrastraba por las calles vacías.

I V

Crisanto subió a carrera las treinta gradas que conducían al tercer piso donde vivía su patrón, el prestamista Villanueva. Llegó ascezante a la puerta del departamento; tocó el timbre como le había enseñado aquel hombre: tres veces haciendo sonar seguido de dos en dos la campanilla, algo así como una transmisión telegráfica. El viejo Villanueva era desconfiado; en toda persona veía a un ladrón y cuidaba tanto de sus bienes materiales que a sus sillas y sillones los cubría con frazadas y cotenses para que el tapíz no decolorara ni envejeciera. Tenía de esposa una mujer muy menor que él, avispada, dicharachera y en carácter contrario a las pasiones avariciosas del marido. Cuando el vie-

jo Villanueva le abrió la puerta, lo primero que le dijo fue:

—¡**Llokhalla** vago! Tenías que estar aquí a las siete y media y son las ocho menos veinticinco. Te has atrasado cinco minutos, voy apuntar para descontarte de tu sueldo. Y hojeó una libretita tan sucia como su alma y apuntó: "Día tantos cinco minutos".

—No apunte pues caballero —rogó lloriqueando Crisanto— el EMTA tiene la culpa, el se ha tardado

—¡Bueno pues! Entonces te regalaré mi plata. Ayer has venido atrasado con tres minutos; lo que es yo no puedo regalarte, a fin de mes voy a sumar cuanto se hace para descontarte.

A Crisanto le cayó como un baño de agua fría las amenazas del descuento; pero lo que ignoraba el niño era la mala fe del viejo, que antes de abrirle la puerta, adelantaba los punteros del reloj que estaba a la entrada del departamento.

—¿No ves? —le señalaba— mirá pues lo que llegas tan atrasado.

Y el niño ni miraba porque tampoco sabía leer las horas en la esfera de un reloj.

* * *

Al escucharle llegar, doña Brungilda, la esposa del dueño, desde el dormitorio le gritó:

—¡Crijanto! Vení un ratingo.

—¡Si señora —respondió acercándose el niño.

—Pedile dinero al muerto de hambre de tu patrón y corre a traer **horneao** del día. Sabía Crisanto que la señora al decir horneao se refería al pan.

El viejo Villanueva, mascándose los labios, le entregó el dinero, recomendándole:

—Vas a ir a donde doña Gertrudiz que nos dá un pan de vendaje.

—¡Crijanto! —volvió a gritar doña Brungilda— no me vaj a traer el horneao de la vieja Gertrudig, no me gujta, es muy feo, pareje guineo pichiró.

El viejo al escuchar la recomendación de su mujer, rectificó de mala gana su encargo.

—Entonces, andá nomás donde el pelirrojo, el Benito, el que tiene su tienda en esta misma casa pues.

Crisanto salió con la rapidez de un rayo a comprar pan porque él también no había tomado su desayuno. Cuando regresó encontró al viejo discutiendo con su esposa sobre el cambio de dos bolivianos que no había devuelto doña Brungilda el día anterior. Las discusiones por dinero eran cotidianas en aquella casa.

—Se lo devolví puej a ujté —gritaba e insistía doña Brungilda.

—No Brungildita, no hijita —decía rogando el viejo— recordá nomás, no me has dado, y ahora, cosa rara, para peor me faltan diez bolivianos de mi cartera. No sé qué se han hecho... —se quejaba Villanueva, plañidero, desolado, en tono de hacer estremecer al corazón más duro.

—No se puej —comentaba serena, mirando el tumbado— yo le devolví los doj bolivia-

nos, y de sus pérdidas ni me lo diga puej, que no sé.

El viejo volvía y revolvía su cama, porque él guardaba la cartera debajo de su almohada mientras dormía, y estaba preocupado porque las pérdidas de dinero de aquel sitio iban repitiéndose con alguna frecuencia sin poder él explicarse en qué momento o cuando se hacían las sustracciones. "Pero cómo puede ocurrir esto" repetía amargado. "Si estaba en mi cartera, si antes de dormirme he contado mi plata". Brungilda, indiferente escuchaba las quejas del viejo y más bien le divertía su desesperación por encontrar los diez bolivianos desaparecidos por arte de magia. Risueña le preguntó:

—¿Acaso puede alguien robarte de nocheee?

—Eso mismo digo yo, si aquí no vivimos sino los dos, el **llokhalla** viene solo de día. ¿Quién puede ser? Dime haber.

Brungilda lo miraba con una sonrisa tan burlona que al viejo lo descontrolaba y no sabía cómo actuar, y mucho más cuando ella cínicamente repetía:

—Yo no sé, estoy segura que son tuj ideaj nomáj puej.

—Mis ideas, mis ideas —mascullaba el viejo, repitiendo amargado por no tener prueba para señalarle a ella de ser la ladrona.

* * *

—¡Crisaaantooó! —Llamó doña Brungilda, modulando el tono de su voz como si estuviera cantando— ¡tráe la canajta grande, vamoj al mercado!

—Ya señora —respondió el niño, tomando de una vez el café que le quedaba en el jarro y metiendo al bolsillo la mitad de la marraqueta que le había sobrado. —Vamos señora, le dijo alegre.

Brungilda se acercó al marido y estirando teatralmente su mano, pidió autoritaria: —Villanueva, dame pa'el mercado.

—¿Eso más? —refunfuñó el viejo que ya había revuelto el colchón buscando los diez bolivianos perdidos. Le alcanzó otros diez bolivianos.

—¿Y qué creej que voy a comprar con diez bolivianos? ¡No seaj roñoso Villanueva!

El viejo miró a su mujer maldiciendo entre sí la hora que la había conocido y se atrevió a replicarle agresivamente:

—¡Pero de dónde voy a sacar más plata para tus despilfarros! Voy a robar, voy asaltar o voy a sellar plata con el culo.

Brungilda al escuchar tanta altanería, lo miró de pies a cabeza e iba a estallar de cólera, pero como el viejo conocía las reacciones de su mujer y las temía, rápidamente le alcanzó veinte bolivianos más, murmurando:

—Pero voy a descubrir quién me ha robado mi plata, voy a descubrir siempre... La voy a llamar de Oruro a mi hermana Aleja...

—Me tiene sin cuidado que la llamej a esa avara que no come huevos por no votar las cájcaras. Y sin importarle las amenazas del viejo,

Brungilda salió contoneándose seguida de Crisanto, rumbo al mercado Rodríguez.

* * *

Los días sábado y domingo, el mercado ocupaba un sector grande del barrio de San Pedro. Las calles Zoilo Flores, Amazonas, Max Paredes y adyacentes, se llenaban de comerciantes que sin ningún orden ofrecían productos alimenticios de toda clase.

Era tal el abigarramiento de gente, que comerciantes y clientes caminaban codo con codo con mendigos, rateros y carteristas. Crisanto caminaba feliz en medio de ellos buscando con la vista si estaba por ahí el joven Ignacio para avisarle a su patrona. Lo encontraron cerca de las vendedoras de **api.** Brungilda, al verlo, alumbró sus ojos de alegría y sonriendo de oreja a oreja, le saludó:

—¡Ola! Nacho, ¿cómo ejtaj?

—Ahí vamos puej como pan que no se vende, Bruni. Y le hizo una seña significativa que bien entendió Brungilda.

—Crijantito —le habló muy cariñosa la patrona— voj quedate aquí nomaj, voy un ratingo con don Nacho, tenemoj que cobrar un dinero. Y dirigiéndose a la vendedora, le pidió:— Doñita, déle al **pelado** un **api** con **llaucha.**

La chola dirigió su vista inquisitivamente de Brungilda a Nacho y luego esforzando una sonrisa alcanzó el **api** al niño, mientras Brungilda y Nacho, radiantes de felicidad, apurados abandonaban el lugar. El niño estaba acostumbrado a los encuentros de su patrona con don Nacho, al vaso de **api** y la **llaucha;** y por cálculo propio sabía que debía callar y cuando el viejo, a solas le preguntaba: "¿Por qué han tardado tanto?", Crisanto le contaba toda una novela de la gente y las vendedoras pero nada del encuentro y de la ausencia de dos horas de doña Brungilda con Nacho.

Ignacio a quien Brungilda le llamaba Nacho era un cambita llegado de Camiri, muy lo-

cuaz y de figura simpática; de naricilla respingada y preguntona, de ojos vivaces que le daban el aire de un muchacho pícaro, decidido y lleno de vida.

Al filo del medio día, doña Brungilda regresó sola; lucía el rostro encendido y mucha prisa. Encontró a Crisanto en el mismo sitio que lo había dejado.

—Vamoj Crijantito —dijo al niño— apurémonoj que Villanueva ya debe ejtar enfadado puej.

Compraron lo que pudieron, porque había poco dinero. Doña Brungilda, en las dos horas de ausencia había hecho evaporarse los veinte bolivianos. Llenaron la canasta de verduras y compraron apenas un kilo de carne para toda la semana. En la casa el viejo los recibió con la jeta de media vara. Lo primero que hizo fue observar la canasta y después preguntar.

—¿Para comprar estas macanas han tardado tanto?

—Ej que no te imajinaj Villanueva lo caro que ejtá el mercado. ¿No ej así Crijantito?

—Sí caballero —reforzó Crisanto las palabras de su patrona— todo había subido caballero, hemos andado puesto por puesto en el mercado, para que alcance la plata caballero.

El viejo tenía sus dudas, las pocas lechugas y zanahorias no podían costar treinta bolivianos. Refunfuñando empezó a asegurar la puerta de la habitación donde guardaba trastos y en medio ollas de barro llenas de pepas de ají. La cerró con cinco candados. "Este viejo y sus manías", murmuraba Brungilda al ver a Villanueva probando repetidas veces si estaban bien cerrados los candados. Lo que no sabía Brungilda era que debajo de las pepas de ají, el viejo guardaba sus joyas y el dinero que atesoraba. Era la única habitación que el viejo no permitía que ingresara nadie, llena de vejeces, sillas desvencijadas, ropa apolillada, retratos amarillentos y en un rincón las cinco o seis ollas, cuyo contenido llenaba el ambiente nunca aireado con sabor picante que irritaba la naríz.

—Decile a Crijanto que te aséee la pieza Villanueva —le sugirió Brungilda— votá al basurero ejas ollas mugrientas. Ej una vergüenza Villanueva.

El viejo se encrespó de cólera al oír a su mujer hablar de esa manera y le respondió:

—No es tu cuarto, es mi cuarto, es - mi - cuar - to, ¿entendido? Tú preocúpate siquiera de tender tu cama.

—Elay con lo que salta **ejte** viejo verija, —luego gritó: —¡Crijanto! ¿Haj puejto la olla al fuego?

—¡Sí señora! —respondió el niño sacando la cabecita por la puerta de la cocina— también estoy pelando dos papas para cada uno.

Al escuchar eso el viejo le dijo a su mujer:

—Dile que para él pele una sola papa.

Brungilda lo miró despreciativamente y le enrostró:

—No seáj muerto de hambre Villanueva, una papa más, una papa menos, ni te **enriqueje,** ni te **empobreje.**

El viejo, mascullando su despecho quedó sentado leyendo los periódicos pasados de hace un mes que un **gringo** vecino le regalaba.

Muy cerca a las tres de la tarde sirvieron el almuerzo que había preparado Brungilda ayudada de Crisanto. Después el niño se dio a la tarea de limpiar la cocina y los utensilios, como le había enseñado su patrona.

* * *

Crisanto ingresó al dormitorio.

—Ya me estoy yendo señora —le dijo a doña Brungilda.

—¿Está todo limpio Crijanto? —preguntó la patrona.

—Sí señora —respondió el niño.

—Entonjes ándate y mañana tempraningo aquí. Al irte llevá la basura al río.

—Si señora —gritó el niño ya desde la puerta. Su apuransa por encaminarse a su casa

era irrefrenable. Cerró la puerta y bajó las gradas de dos en dos. A pocos instantes estaba tocando el timbre del departamento del **gringo** Foreman situado en el mismo edificio.

—¿Se lo llevo la basura caballero? —le preguntó Crisanto apenas abrió la puerta el gringo.

—Si chiquito, **¡cagamba!** sacá nomás de la lavandería. Y al despedirlo le regaló un peso boliviano y una bolsa llena de pan del día anterior, que el **gringo** sólo se servía pan del día.

Fue un día feliz y provechoso para Crisanto.

V

Eran las seis de la tarde cuando Crisanto desembarco en la tranca de Río Seco. Qué diferente se había tornado el paisaje. El aire de cristal de las ocho de la mañana ahora estaba empañado de color gris. El Huayna Potosí cargado de nubes, siempre amenazando lluvia y soplando la ventisca helada de su aliento hacía más desolado el contorno. El mal humor de la montaña era permanente.

Crisanto feliz con su bolsa de pan, caminaba apurado por la avenida empedrada de las fábricas de gaseosas. Urgía a su pequeño corazón llegar pronto a saber qué había pasado con la **larpfatita** Chabela.

Encontró en la puerta de la parroquia a Neno que lloriqueando contó que la Chabela estaba peor y que otra vez había vomitado sangre. El doctor Janshen había dicho que al día siguiente iban a llevarla al hospital broncopulmonar. El padre Venancio no quiere que entremos, dice que la Chabela está tosiendo mucho, y que la tos puede contagiarnos.

A poco llegó el **Chino Rodrigo** trayendo una banqueta; **"aura** la vamos a ver a la Chabela" dijo alegre. Colocó la banqueta delante de la ventana que daba a la habitación del padre Venancio y subiéndose sobre ella dos de los niños, miraban a la **larpfatita** que desde su precaria camita esbozó una ligera sonrisa a su hermano Neno que le hacía señas con la mano y a Crisanto que agitaba su gorra para hacer notar su presencia. La niña tenía la palidez del papel, los ojos mucho más brillantes que antes.

Afuera, Juancho, el **Chino Rodrigo,** Angel Chila y Margarita estaban esperando que los dos niños les cedieran la banqueta para ellos también ver a Chabelita.

—Apurate pues Crisanto, ya pues Neno —rogó Chila— yo también pues quiero verla a la Chabela.

Y como los dos niños no había cuando cedieran el mirador a los otros, Chila de un empellón los bajó y fueron a dar sentados al suelo. Neno al sentir el dolor del golpe, le gritó:

—¡Maldita, desgraciada, te voy a romper la cabeza con una piedra! Crisanto lagrimeaba silenciosamente, mientras su hermano el **Chino** se enfrentaba con Chila; —Por qué eres pues tan abusiva, a ver yo te bajaré a ti de un golpe.

Chila sin hacerles caso se dirigió a Margarita:

—Margacha ven, **aura** nosotros la veremos a la Chabela.

Se colocaron las dos niñas sobre la banqueta y cuando le hacían fiestas a la enfermita sintieron que algo como agua caliente les iba mojando las pantorrillas. Se dieron vuelta a ver y eran Neno y Crisanto que rápidamente se abotonaron sus braguetitas y partieron a correr por temor a la reacción de las dos niñas. Los píca-

ros en su huída sólo alcanzaron a oír lo que Margarita les gritaba: "¡Cochinos! **aura** van a ver, con un palo les voy a sonar", mientras ellos desde lejos, muertos de risa, comentaban su venganza.

* * *

Al día siguiente, Chabelita fue trasladada en una ambulancia al Hospital Broncopulmonar de Miraflores. Le acompañaron el doctor Janshen y el padre Venancio. Chila el momento de la partida quiso embarcarse con ellos. Rogaba y lloraba: —"Yo **quero** ir con mi hermanita, padrecito" gritaba la niña prendida de la mano del sacerdote—. Sólo la suavidad que tenía el padre Venancio en el trato humano, logró convencer a la niña que se quedara. Neno y los otros niños, de pie, con sus cajoncitos de trabajo cargando al hombro, vieron mustios partir el vehículo. Crisanto lloraba silenciosamente. Pero

¿qué podían hacer aquellos niños? Su realidad era increible, el desamparo en que vivían era total. Ellos confiaban en el buen sacerdote, quien les había asegurado que llevaría a Chabelita a curarse.

Y era la verdad.

* * *

Chabelita, aun en la camilla, esperaba en el vestíbulo del hospital. De su lado no se movía el padre Venancio, mientras el doctor Janshen subía y bajaba por los otros pisos en busca del director. La monja enfermera, una mujer entrada en años para quien el dolor le era cotidiano y la había deshumanizado, miraba a la niña de reojo e incansablemente le repetía al sacerdote:

—No hay cama, padre, en vano han traído a la chica, no hay cama padre.

—Pero madrecita —rogaba el padre Venancio— en algún lugarcito puede usted acomodarla, yo le ruego madrecita.

—Es que no hay cama padre, que voy hacer yo —respondía duramente la monja.

A poco llegó el director con el doctor Janshen. Ahí mismo la auscultó a **larpfatita** que lo miraba aterrorizada. Era el especialista Santiago, un hombre de rostro sonrozado, muy delicado y humano para tratar a los enfermos. Al darse cuenta del terror de la niña, cariñosamente le habló:

—No te asustes hijita, aquí vamos a curarte— y dirigiéndose a la monja le ordenó: —esta niña se interna ahora mismo, madre.

—Pero doctor no hay cama —le replicó la monja.

—He dicho que se interna esta niña, —habló severo el docto Santiago.

—¿Pero en que cama doctor?

—Si no hay cama —le interrumpió el doctor Santiago— Cédale usted su cama, pero esta niña se interna ahora.

La monja, refunfuñando, llamó a dos sirvientes y condujeron la camilla a la sección pagantes. Allí estaría Chabelita hasta que se produjera una vacante en la sala general. El padre Venancio la acompañó largo rato tranquilizándola y sólo abandonó el lugar cuando vio a Chabelita en su cama y rodeada de las tres niñas que compartían la habitación, quienes alborotadas por la novedad de recibir otra interna le alcanzaron una muñeca y algunas golosinas.

La monja la había desvestido de sus andrajos y le cubrió el cuerpecillo con un camisón de tocuyo. Las ropillas viejas de Chabelita, el padre Venanció las recogió del suelo en que había abandonado la monja, las guardó en una bolsa **nylon** y se las llevó consigo.

* * *

Al día siguiente, Chabelita despertó muy temprano. Eran las seis de la mañana. Le pro-

vocaron un poco de miedo, la habitación tan alta y el silencio del hospital solo interrumpido por el acceso de tos de algún otro enfermito, recapituló en su memoria ese momento, todo el ajetreo del día anterior y su internación al hospital. Las inyecciones y el suero que le habían aplicado detuvieron la hemorragia y hasta disminuyeron los accesos de tos. Se sentía mejor.

Chabelita al verse en un sitio tan ajeno al suyo, lloró silenciosamente un ratito; y tuvo que disimular su tristeza y limpiarse rápidamente las lágrimas al escuchar su nombre de labios de una de las niñas que compartían la habitación. "¡Chabela!" le dijo mostrándole una amplia sonrisa, "Yo me llamo Salomita" y agregó: "Vamos a jugar con mi muñeca ¿ya?". Chabela hizo con la cabeza un movimiento de asentimiento.

Luego las dos niñas volvieron a quedar profundamente dormidas.

A las 8 de la mañana vino la monja y palmeando fuerte despertó a las niñas. —¡Levantarse— ¡Ya es tarde!, exclamaba en cada habita-

ción. Todas se pararon delante de sus camas, y apuradas se pusieron los zapatos. Solo Chabelita tenía los pies descalzos.

—¿Y tú? —dijo la monja— ¿qué esperas para ponerte los zapatos?

—Es que no tengo —respondió humildemente la niña— se lo ha llevado el padre Venancio.

Al escuchar a Chabelita, la niña Salomita intervino:

—Yo le presto mis sandalias, madre—, dijo alcanzándole a Chabela sin esperar la respuesta de la monja.

—No hay necesidad, —rectificó su orden la monja— ella todavía se queda, está en reposo.

Chabelita volvió a meterse en cama. Cómo le gustaba a la niña la tibiesa de ese lecho. Acostbrada al duro suelo por catre, al cuero de llama por colchón y a un **pfullu** raído por cobertor, bajito repetía: "que lindo es enfermarse para dormir aquí".

V I

Ese día como soldados esperando la hora del combate, con esa misma ansiedad, cinco niños con sus armas de trabajo al hombro aguardaban delante de la reja del hospital broncopulmonar que el portero, un cholo casi enano, les permitiera ingresar

—¡No hay entrada **llokhallas!** ¡Váyanse carajos! —les gritaba— **aurita** va venir mi mujer y les va echar con agua caliente, !cuidado **llokhallas!** Váyanse.

—Déjenos entrar pues, caballero —rogaba Angel —queremos ver a nuestra hermanita, ayer **lan traydo,** pues, déjenos entrar pues caballero.

—¡No se puede **llokhallas!** —repetía el portero. En eso apareció por detrás de los niños una mujer flaca, de rostro cetrino y ceño fruncido, cargaba un enorme atado a la espalda y portaba dos canastas llenas de fruta.

—Qué **testan** haciendo Pompeyo —exclamó la mujer que tenía las trazas de "una mujer de avería". De rasgos acentuadamente aimaras: nariz ligeramente aguileña, ojos pequeños y rasgados y el cabello corto teñido a rojo. Tenía el gesto siniestro y cuando hablaba a los pocos minutos en la comisura de los labios se le formaba una repugnante espuma de color blanco.

—Estos **llokhallas** me están molestando, Fidicita, quieren entrar casi a la fuerza.

—En la caldera el agua debe estar hirviendo, con eso echales en la cara pues, y así los dejas ciegos, —aconsejó agriamente Fidencia Quiñones, mujer del portero del Hospital Broncopulmonar—, a estos **llokhallas** así nomás hay tratarlos, tú siempre eres bien zonzo Pompeyo.

—Es que, es que, puede pues ronquearnos el Director como la otra vez, más bien sacaré la verga para sonarles, —respondió titubeante Pompeyo Moldis, un peruano del barrio del Rimac, o **"de detrás del puente"** como llamaban los limeños, que había inmigrado a Bolivia antes de la guerra del Chaco en busca de mejorar su situación y sobre todo para que la policía de su patria se olvidara de sus picardías de joven delincuente, llegado a La Paz alquiló un cuartucho en el callejón Muñecas y allí se concubinó con Fidy Quiñones, la hija de la fricasera que vendía su vianda en la puerta de calle, una **birlocha** de armas llevar que hacía temblar a todo el barrio con sus perversidades. Se contaba de ella que había asesinado a su hermana Maluza haciéndola rodar de las gradas de una casa. El ladronzuelo Pompeyo había encontrado en su concubina Fidy, la compañía más cabal para su vida de fechorías.

Los niños continuaban rogando y el portero Pompeyo negándoles la entrada. A poco lle-

gó el Director del hospital en su automóvil. Detuvo el vehículo delante de los niños.

—¡Pompeyo! —preguntó, —¿Qué quieren estos muchachos?

—Es que **queren** entrar a la fuerza doctor, —respondió Pompeyo.

—Oye muchacho —llamó el Director al mayor de ellos que era Angel— en la mañana están prohibidas las visitas hijo, vengan a la tarde.

* * *

Los cinco niños, cabizbajos y frustrados, regresaron los pasos rumbo a su centro de trabajo. Crisanto con las manos en los bolsillos del pantalón, caminaba la calle pateando las piedrecillas que encontraba al paso. El **Chino Rodrigo** miraba a su hermano de soslayo y sabía que Crisanto de los cinco era el que más sentía que no les dejaran visitar a Chabelita. Entre ella y él había una amistad infantil hermo-

sa y pura que más parecían hermanos que amiguitos; compartían sus juegos, su pan, los dulces y golosinas que alguna vez les regalaban.

En la avenida América esquina Pando los encontró **Jotato,** el niño vendedor de gelatinas.

—**¡Chino, Chino!** —le gritó— esperate un rato, esperate un rato. Los cinco niños se acercaron.

—¡Qué pasa **Jotato,** qué pasa ché! —le preguntaron atropellándose los unos a los otros.

—El Tatake le está esperando al Crisanto, dice que le debe plata y que ha **traydo** un **quimsa charani** pa'sonarle sino le paga.

—¡Qué más ha dicho, que más ha dicho! —Preguntó el **Chino Rodrigo.**

—¡Está furioso ché! Si quieres preguntale al Reneco, el fresquero del **Merlan**(1), él estaba conmigo cuando el Tatake ha dicho que le va a sonar al Crisanto. El Reneco ha dicho que si el Tatake le suena al Crisanto que vayan a quejarse al DIRME, que lo pueden joder al Tatake.

---

(1) Mercado Lanza.

—Hablaba eufórico **Jotato,** un niño rubio, menudito, casi raquítico, de ojos pardos y labios finos que al hablar los fruncía, pareciendo su boca el piquito de un pajarillo gorjeando. Vendía en una bandeja más grande que él gelatina en vasos adornada con un copo de leche batida que preparaba doña Eulalia, una chola anciana chuquisaqueña, que al saber que **Jotato** era su paisano y huerfanito que deambulaba las calles de La Paz, lo acogió, lo llevó a su casa y lo puso a trabajar en lo que ella sabía: preparar gelatina para vender. De ese modo se formó una familia de lazos fuertes igual a la de una abuela con el nieto. Doña Eulalia se acostumbró al niño, que además le significaba la ayuda económica para la manutención de ambos. Lo amaba a su **Jotato** y prueba es que un día lo defendió como una leona a su cachorro, cuando lo encontró llorando delante de la iglesia de La Recoleta y a un carabinero que lo zarandeaba queriendo llevarlo a la comisaria. Congestionada de cólera se acercó y lo primero que hizo es de un empellón al carabinero hacerlo soltar a su **Jotato.**

—Que **testa** haciendo guaguay este mozo, —gritó doña Eulalia fuera de sí.

—Dice que se lo **hey** alzado los dulces de esa chola de la esquina, —respondió **Jotato** lloriqueando.

—Usted lo ha visto ¡desgraciado!... **¡alkho uña!** para que así me lo calumnies a mi nieto, o crées que es como ustedes que entran en combinación con los rateros.

El carabinero al escuchar los insultos de doña Eulalia quiso nuevamento agarrarlo a **Jotato** empleando la fuerza, pero la abuela se interpuso y de otro empujón le hizo dar un traspies yendo a caer sentado sobre una canasta de pan. Se levantó el hombre, energúmeno, con ganas de castigar severamente a nieto y abuela, pero se contuvo por la cantidad de gente novelera que se había reunido alrededor de los tres.

—Bueno **siñora,** comportate **mijor siñora,** —les dijo el carabinero en tono conciliador— casi me haces **cayer siñora, aura mijor** me acompañas a la comisaría **pa'que** el jefe lo escuche a este chico.

—Hasta el infierno podemos ir —respondió la anciana— el que nada tiene nada teme. Vamos guaguay —le dijo al nieto— y ambos, nieto y abuela caminaron ingenuamente por delante del policía rumbo a la comisaría de la Av. Pando. Al trasponer la puerta de calle del edificio, la actitud del carabinero cambio radicalmente. A los guardias permanentes de la puerta, señalando agresivamente a la anciana y al nitero! —gritó "la autoridad".

—¡Cuidado se escapen esta vieja y este ratero! —gritó "la autoridad".

—Es su orden mi sargento —respondieron al unísono los dos guardias mirándolos amenazantes a los recién llegados.

El sargento ingresó a la oficina y después de unos instantes regresó con un agente civil, gordo, seboso, con la cara brillando de grasa y y los ojos enrojecidos del alcohólico. Desde la puerta de su oficina los miró moviendo la cabeza.

—Así que son estos los paradorcitos —habló amenazador; y después con voz ronca llamó: ¡Cabo de guardia!

—Es su orden mi teniente.

—¡Meta a la reja a la vieja y el **llokhalla**

—!Es su orden mi teniente¡ ¿Juntos mi teniente? —preguntó.

—¡Sí! juntos ¡cojudo!

Al escuchar la orden y cuando el cabo de llaves se disponía a ejecutarla, la abuela rompió en llanto desesperado y empezó a gritar:

—¡Hemos robado, hemos matado! Por qué nos van a encerrar. ¡Malditos, **supaypa wa chaskhas!** ¡Abatidos, Khenchas!

Jotato hacía dúo con la abuela, llorando en el mismo tono, pero sosteniendo cuidadosamente la bandeja con las gelatinas. Se cumplió nomás la orden del encierro. Al trasponer la reja de la celda, de la lobreguez que reinaba en la habitación salió una voz de mujer.

—Pero **puej,** míren chicas, como a la abuelita **ejtos** desgraciados la han traído y con el pelado.

La abuela seguía llorando y quejándose.

—Ay ché pero no hay derecho —secundó otra— si estos hijos de puta hasta a su propia madre pueden encerrarla.

Eran mujeres que estaban presas hacía dos noches. El pretexto del encierro había sido el encontrarlas "patinando" en el Prado. Tenían los trajes desaliñados y por el deterioro del maquillaje mostraban el verdadero color de su tez: marchito, anémico, sin vida.

—Pobre abuelita —comentó una— véngase abuelita a este rincón, aquí hay un cajoncito pa'sentarse.

Doña Eulalia, llorando e hipando de amargura se acercó al lugar que le indicaban seguido de **Jotato** que aún portaba las gelatinas.

—Pero miren lo que trae el pelado **puej,** ¡gelatinas! —gritó jubilosa una de ellas—. Véndanos abuelita que **noj** cae muy bien.

Las pobres mujeres se sirvieron ávidamente y obligaron a la anciana a que les recibiera el dinero.

Esa noche **Jotato** durmió en el regazo de la anciana, casi abrazado de ella, en quien había encontrado el cariño que nunca tuvo, y la anciana con aquel niño había hecho renacer su instinto maternal, el amor de madre que toda mujer lo tiene a veces adormecido. Las otras mujeres la cubrieron a la anciana con sus abrigos. Desde esa noche que doña Eulalia y **Jotato** juntos durmieron en la policía, se creó entre ellos un lazo indisoluble de amor. Para **Jotato** era la abuelita Eulalia, la que le esperaba con el plato de comida infaltable, la que le lavaba la ropa, remendaba sus andrajos, la que con ternura le llamaba guaguitay; su orfandad había concluido la tarde aquella que la anciana viéndolo sentado en una puerta del callejón Muñecas se le acercó a preguntarle —"No quieres trabajar guaguay". **Jotato** ese día no había comido ni un mendrugo y fue como un milagro aquel encuentro. "Si señora", —le respondió tímidamente—. —"Entonces ven pues guaguay", y lo llevó a su casa le invitó tecito con marraqueta y le preguntó de su vida. Al saber la historia de **Jo-**

tato, que hacían 48 horas había llegado de Sucre en busca de trabajo, que era huerfanito de padre y madre, que en la ciudad capital sus días eran de hambre y necesidad, la anciana lloró amargamente y le preparó una camita sobre unos cajones de velas, vacíos, que guardaba.

La bondad de la anciana y el desamparo de **Jotato** se habían unido para formar una familia donde imperaba el amor y se desconocía la mezquindad.

* * *

—¿Qué hacemos? —preguntó lloriqueando Crisanto—, yo solo tengo un peso. Su hermano el **Chino** tenía otro peso, faltaba un peso para completar la deuda. **Jotato** al escuchar las tribulaciones de los dos hermanos inmediatamente ofreció: —¡Yó te presto cincuenta!— gritó, alegre de poder ser útil. Angel no tuvo más remedo que sacar los otros cincuenta y completar los tres pesos que le debían a Tatake.

—¡Vamos! —gritó Angel en el mismo tono que un general hubiera ordenado a su tropa avanzar al combate.

Los cinco niños seguidos de **Jotato** que portaba su **charola** con gelatinas subieron la empinada Av. América a enfrentar a Tatake. En medio camino se encontraron con Heriberto, paisano de **Jotato,** que al saber el motivo de la procesión se unió a ella. Heriberto era un refuerzo serio, un muchacho de doce años que por lo robusto parecía de 18, trabajaba con un turco y ese momento había salido a cumplir un encargo de su jefe

Tatake los esperaba apoyado al poste de luz. Cuando los divisó empezó a mover la cabeza en actitud amenazante y tratando de amedrentarlos. Crisanto, como era el más pequeño se puso a buen recaudo, colocándose detrás de su hermano para que no lo viera Tatake, y luego, aprovechando el gentío se deslizó hasta desaparecer como por arte de magia. Lo primero que hizo Isaco, alias el Tatake, es gritarle a **Chino Rodrigo:**

—¡Dónde está el mañudo de tu hermano! ¡Dónde está mi plata, rateros!—. Angel estirándo le mano, le respondió:

—**Elay** aquí sus tres pesos don Isaco.

Era lo que menos esperaba Tatake. Cogió el dinero, lo contó y lo guardó en el bolsillo, e inmediatamente ideó una argucia:

—¿Y los intereses? —les preguntó.

—Qué es eso don Isaco? —le habló Angel; y como él, ninguno de los otros niños entendía lo que les pedía aquel hombre. Sólo Heriberto que trabajaba con un turco sabía de qué se trataba, y les aclaró:

—Dice que le aumenten plata —habló Heriberto en tono burlesco— pero acaso les ha prestado plata —comentó socarrón.

Tatake al escuchar los comentarios de Heriberto se le enfrentó, diciéndole:

—¿Y tú **llokhalla** y mierda a qué te metes? Tú eres el que me debe o eres su cómplice de estos rateros, si hasta los bancos pagan intereses ¡carajo!

Heriberto que era famoso por tener malas pulgas, al escuchar que Tatake lo trataba de manera tan humillante, se puso rojo de cólera, y sin dar tiempo a nadie le lanzó un puntapié certeramente dirigido al sexo del hombre, que a Tatake lo hizo doblarse y aullar de dolor, y de lo apoyado que estaba en el poste de luz, fue deslizándose hasta el suelo para quedar sentado, mientras se apretaba la bragueta con las dos manos y se quejaba lastimeramente.

Heriberto al verlo así, un poco asustado, todavía le gritó:

—¡Jódase **aura** pues, mozo abusivo! Y partió a correr calle abajo.

Los otros niños quedaron boquiabiertos y viéndolo a Tatake tan maltrecho, blanco como un papel y quejándose, quisieron frotarle la cabeza, lo que Tatake con las pocas fuerzas que le quedaban, agriamente les rechazó.

—¡Déjenme **llokhallas** de mierda! ¡Por culpa de ustedes ese **llokhalla** ha venido a patearme. —¿Quién es ese, carajos? ¿Quién es?

Jotato, que era una ardilla en sus reacciones, rápidamente respondió:

—¡No lo conocemos señor Isaco! De así nomás a venido.

Y todos repitieron "No lo conocemos".

—Ay, ay —se quejaba Tatake— ¡pero le voy a pescar en la calle a este **llokhalla** y le voy a sacar la mierda, carajo! Entonces **Jotato** por ingenuo o por burlesco le ofreció:

—"Sírvase don Isaco una gelatinita. Esto le va hacer bien".

—¡Váyase a la mierda usted y su gelatina **llokhalla** mañudo! —le gritó Tatake que no podía más de dolor—. **—Aurita** de una patada te voy hacer rodar con todos tus vasos. Al escucha aquella amenaza, **Jotato,** muy previsor, se alejó un poquito del lugar a esperar que pasara el lío y sin dejar de ofrecer su mercancía: "¡Gelatina caballero! ¡Sírvase una gelatinita bien dulce! ¡Con crema y sin crema, hay de todo!"

* * *

Después de un par de horas Tatake se repuso un poco; su sangre arabe clamaba venganza y pedía datos sobre Heriberto. Los niños al unísono dijeron que no lo conocían y que ese rato de metete había hablado.

Ya de pie, pero siempre adolorido, preguntó colérico:

—¡Y dónde está el Crisanto! ¡Dónde está ese **llokhalla** mañudo!! Me lo tiene que trabajar dos días sin pago por los intereses.

Jotato, picarón y despierto, nuevamente intervino e intencionalmente les dijo:

—Avísenle nomás pues que está limpiando pisos para esa doctora del DIRME.

—¿Dónde?— preguntó un tanto incrédulo pero atemorizado: —¿en el DIRME trabaja ese **llokhalla** mañudo?

—Sí don Isaco —agregó el **Chino Rodrigo— hay** trabaja mi hermano don Isaco.

Fue la derrota final de Tatake y mientras caminaba con dificultad, rengueando por el dolor, lo último que dijo fue: "Pero algún día me las va pagar este **llokhalla mañudo"** y se fue.

Isaac o Isaco, a quien lo apodaban el Tatake por su enorme físico parecido al de un famoso boxeador de aquel nombre, era hijo de un turco en una chola provinciana, y de ambas razas había heredado las picardías. Lo que hacía gracia de Tatake era su manera de caminar tocando los talones al dar el paso y abriendo a los lados exageradamente las puntas de los pies al avanzar; y su voz que de tan atiplada a ratos parecía de mujer y que no hacía juego con su enorme humanidad. Tatake con el cuento de los intereses se proponía explotarlo a Crisanto pagándole una pitanza, aprovechándose de la horfandad del niño y del desamparo en que vivían los dos hermanos.

V I I

Era el mediodía cuando los cuatro niños se encontraban sentados sobre sus cajas de trabajo y alrededor de doña Justa la **mankhapaya,** comentando alegremente lo ocurrido a Tatake .

—Si viera doña Justa —decía Juancho eufórico por relatarlo todo— el Heriberto directito la patada le ha dado a sus compañeros del Tatake.

—Ay no me cuentes **choy** —habló la mujer riendo— jajajay... ¿y **de hay?**

—El Tatake se ha vuelto blanco y ha empezado aullar como el perro, se ha agarrado y se ha doblado, ¿cierto no Angel?

—Si doña Justa, nos hemos asustado —dijo Angel—.

—¿Y **de hay?**

—El Heriberto se ha escapado ese rato.

—Ay Jesús María, podía nomás reventarle siquiera uno, es pues delicadas esas partes —comento la mujer— ¿y **de hay?**

—A lo mejor le ha reventado siquiera uno, doña Justa —comentó Neno— porque siempre fuerte ha gritado del dolor.

—¡Me alegro! —exclamó doña Justa— el se **loa** buscado por abusivo. Neno que vas a comer, solo segundo, solo primero, —preguntó— apurate pues.

—Deme pues **chairito** doña Justita, pero con chalonita grandes pues —pidió Neno.

—¿Y **aura** van a ir donde la Chabela? —preguntó la vivandera mientras le alcanzaba la sopa a Neno.

—Sí pues doña Justa.

—Ay pobre **wawa,** si yo tuviera tiempo también fuera, pero me lo vas a llevar estas dos naranjas —dijo alcanzándole a Neno las dos frutas que guardaba en su atado.

—Gracias, doña Justa.

* * *

Ya no eran cuatro sino seis los niños que rodeaban la cama de la enfermita. En la avenida América esquina Viacha se les había adjuntado **Jotato,** llevando cuidadosamente una porción de gelatina en un vaso de cartón y en la puerta del hospital estaba esperándoles Crisanto, también con su presente: una marraqueta untada de mantequilla y mermelada, que horas antes le había invitado el gringo Foreman.

Tratando de distraer a la enfermita, Crisanto hablaba y hablaba, contaba cuentos y chistes. Chabelita los miraba desganada; sonrió débilmente al escuchar el relato del puntapié que le había dado Heriberto al Tatake Isaco. La niña estaba muy débil, a media mañana había sufrido un fuerte acceso de tos seguido de otro vómito de sangre. Los médicos movían la cabeza desalentados. "Muy tarde la han traído a esta niña" —repetía el doctor Santiago— "pero hay que tratar de salvarla hasta el último", recomendaba a los otros médicos.

Este doctor Santiago era un hombre bueno, había hecho de su profesión una verdadera mís-

tica de solidaridad con el prójimo; desde escojer la especialidad de una enfermedad que ataca sólo a la gente pobre. La tuberculosis es mal que se acuna en el hambre y la pobreza.

* * *

—¡Y qué hacen tantos chicos aquí! —gritó alguien a las espaldas de los seis niños que vanamente trataban de demostrar alegría. Ellos miraban que Chabelita estaba empeorando. Cuando dieron vuelta a ver quien les hablaba, quedaron petrificados de susto. Era la monja que estaba recorriendo las salas. Ninguno de ellos atinó a decir una sola palabra, sólo Salomita desde su cama intervino por ellos:

—¡Son los hermanitos de la Chabela, madrecita! Han venido a verla.

—¿Pero tantos? —murmuró la monja y abandonó la sala moviendo la cabeza.

Ese momento aprovechó Salomita para acercarse al grupo de niños, que cohibidos la obser-

varon y casi instintivamente recorrieron para juntarse más.

—La Chabela es tu hermana, ¿nó? —le preguntó a **Jotato** que entre todos parecía el más sociable.

—No, sólo es mi prima —respondió **Jotato**— ¿y qué estás comiendo? —le preguntó al verla mover la boca.

—Son confites de Potosí, ¿quieres? Tomá dos. Y como a **Jotato** también a los otros niños les alcanzó a dos confites blancos del tamaño de huevos de paloma y rellenados de orejón. Salomita era una niña risueña de rostro bello. Dos enormes ojos y pestañas enruladas la agraciaban. Los niños, después de la invitación de los confites entraron en confianza con ella y como Salomita era de risa fácil festejaba ruidosamente los chistes que contaba Crisanto. Y cuando **Jotato,** ayudado de mímica relató el puntapié de Heriberto a Tatake, las tres niñas que compartían la habitación con Chabelita lanzaron a reír a carcajadas hasta agarrarse la barriguita. En eso ingresó la monja con el ceño agria-

do y mirando que **Jotato** hacía piruetas remedando a Tatake y los otros niños lo festejaban, de un grito impuso silencio:

—¡Qué escándalo es este! —exclamo la monja y dirigiéndose a los seis niños, les dijo: —¿Y ustedes qué hacen todavía aquí?, ¡se terminó la visita! —y señalándoles la puerta agregó: ¡Andando chicos, andando!

Los seis niños abandonaron la habitación con el gesto contrariado.

—Vas a comerte mi marraqueta, ¿yá? —le dijo Crisanto a Chabela, a manera de despedida.

—Ya —respondió la niña muy débilmente.

Cuando llegaron a la puerta del hospital, se encontraron con Chila y Margarita que acompañaban al padre Venancio; traían en una ollita el caldo de nervio que había mandado doña Eusebia. El portero desde la puerta de su habitación miraba a los niños con desagrado y murmurando. Pompeyo tenía una antipatía natural a los niños.

* * *

Ya en la calle, los seis niños caminaban silenciosos. Encontraron a Chabelita más debilitada que cuando estaba en la casa parroquial, y sin ganas hasta de hablar. Ante los chistes y cuentos de Crisanto y las payasadas de **Jotato,** ella permanecía indiferente, esbozando apenas una ligera sonrisa.

Llegaron a la esquina donde se levanta la Iglesia de la Virgen de Remedios. La larga avenida Saavedra mostraba su serpenteante diseño, vía impersonal, mediocre, sin ningún atractivo natural. Si de fondo no habría tenido el Illimano, sería simplemente una callejuela como cualquier otra del suburbio de una gran ciudad.

—¿Y qué hacemos **aura?** —preguntó Juancho.

—Nada, —dijo Angel— vamos nomás a trabajar, el 54 nos lleva hasta cerca de la Kennedy.

Ellos no podían pensar sino en trabajar si querían comer. Para ellos no habían prerrogativas ni privilegios en esa sociedad clasista, injusta y hasta cruel con el niño pobre.

Se embarcaron en el colectivo 54 y a poco estuvieron en sus respectivos puestos de trabajo acompañados de Crisanto, que permanecía un poco tristón y de **Jotato** que no descansaba de hacer sus payasadas remedando a Tatake cuando recibió el puntapié, lo que provocaba la carcajada de sus amigos.

V I I I

Habían pasado tres días de la internación de Chabelita al hospital y no se vislumbraba mejoría. En la puerta de la habitación parroquial, el padre Venancio esperaba intranquilo, preocupado, la llegada del doctor Janshen. El día anterior había dejado a Chabelita muy desmejorada. Los niños también comunicaron lo mismo, que la niña no quería comer, ni hablar, y por eso ellos también estaban sufriendo.

—¡Ya viene el doctor! —gritó Crisanto, viendo la polvareda que levantaba un vehículo que se acercaba. Era el jeep del doctor Janshen. Apenas desembarcó, el padre Venancio le comunicó su aflicción:

—Ayer dejé a Chabelita muy mal, doctor, estoy muy preocupado, vayamos a verla doctor, por favor.

Se embarcaron junto con los niños y a la media hora estaban frente a la reja del hospital. Pompeyo los miró con un gesto burlesco y les dio paso sin decirles una palabra.

Encontraron la cama vacía; tampoco estaba Salomita en la suya. Las otras dos niños que compartían la habitación dijeron al padre Venancio:

—Se **lan** llevado a la Chabela, Padre, estaba tiesa, dice la madrecita que **lan** cambiado a otra sala. La Salomita sabe, ella ha ido detrás de los enfermeros.

Se miraron el doctor y el sacerdote y a través de sus ojos se dijeron lo que había ocurrido. Los niños no se alejaban de ellos, asustados, con los ojos acuosos, no sabían qué decir; no encontraron a Chabelita y la cama de la niña tenía el colchón arrollado.

Bajaron los tres pisos que les separaba de la administración en un instante; allí estaba la

monja, que tranquila, hasta indiferente, informó al doctor Janshen:

—Doctor, esta mañana a las seis antimeridiano la niña ha muerto después de una copiosa hemorragia, vomitó mucha sangre; es que la trajeron muy tarde doctor, estaba muy avanzada la tuberculosis.

Los niños quedaron mudos al escucharle a la monja. El padre Venancio, muy afligido, casi llorando, preguntó:

—¿Y dónde la han llevado?

—Como es de reglamento, a la Morgue, se ha hecho cargo Zenón, búsquenlo que él les entregará el cadáver, pero antes de sacarla tienen que venir a firmar unos papeles.

* * *

La morgue era un lugar siniestro y el aspecto del morguero Zenón, igual. La espundia había deformado monstruosamente los rasgos de

su rostro. Zenón era un negro de Chicaloma, que de muy joven había venido a La Paz, primero a curarse de la espundia que lo consumía, pero como su mal era sin remedio, le habían informado que sólo la cirujía detenía el avance y permitió le operaran médicos irresponsables que le cercenaron parte de la naríz, dándole la figura de un fantasma horripilante.

El morguero Zenón siempre permanecía sentado en una banqueta delante de la puerta de su trabajo; cuidando que los deudos sacaran el cadáver que les pertenecía. El Padre Venancio y el doctor Janshen se acercaron y le dijeron que la monja les había informado que allí se encontraba el cadáver de una niña.

—La **wawa** —dijo el hombre, su tono era gangoso— sí, **lan traydo** esta mañana. Y se adelantó guiándoles al sitio donde habían dejado el cuerpo de Chabelita. Era una sala fría, horrible, con mesas largas sobre las cuales estaban colocados los cuerpos de los muertos; muchos de ellos, descubiertos, mostrando la piltrafa que es el ser humano cuando le abandona el último álito de vida.

En una mesa, al rincón de la sala, como una muñeca desarticulada, yacía el cuerpo sin vida de Chabelita y a su lado, de pie, la fiel y tierna guardiana, Salomita, con un pañuelito en la mano y llorando inconsolable a la amiguita de hacía pocos días. Los niños aterrorizados por los varios cadáveres expuestos en las mesas, habían quedado serios de espanto. Se acercaron al cadáver de la niña y sólo Crisanto rompió a llorar al convencerse que Chabelita estaba muerta, con los ojos cerrados y tan blanca como un papel.

El espectáculo era triste.

El Padre Venancio sacó del tenebroso recinto a los niños, pidiéndoles que le esperaran en el jardín del hospital, mientras él y el doctor Janshen salían en busca de un cajón para trasladar a Chabelita.

* * *

IX

El entierro de Chabelita fue más triste que el velatorio. Asistieron los vecinos, en general mujeres porque era día de trabajo y los hombres habían bajado a la hoyada a cumplir sus contratos y ocupaciones.

Cuando el padre Venancio quiso colocar el cajoncito con el cadáver de la niña dentro del **jeep** del doctor Janshen para conducirlo al cementerio de Villa Esperanza, los niños pidieron al sacerdote:

—No padrecito —le rogaron llorando nosotros queremos llevarle a nuestra hermanita, déjenos padrecito llevarle nosotros yá... déjenos pues padrecito.

—Pero el cementerio de Villa Esperanza está lejos de aquí, hijos... se van a cansar, —trató el sacerdote de convencerlos; pero los niños rogaron tanto que no tuvo más remedio que aceptarles.

El largo camino hicieron los niños, serios y lloriqueando de rato en rato. Habían preparado lazos con los que sostenían el cajón. Durante la travesía se les unieron otros niños, que por noveleros o porque eran amigos de los lustrabotas, se ofrecían ayudar a llevar el cadáver. **Jotato** y la abuela Eulalia acompañaban tristones. **Jotato** había hecho coser en la manga de su brazo derecho una cinta negra en señal de duelo.

Llegado el cortejo a la antigua tranca de Río Secó, los mayores se dispersaron; la abuela Eulalia, un tanto cansada por la caminata, se embarcó en un colectivo para regresar a la hoyada, encargando a **Jotato** que se viniera pronto. Al final, quedó sólo un grupo numeroso de niños que conducían el cadáver de Chabelita. El padre Venancio se había adelantado acompañado de Germán, el pretendiente de Margarita,

y de dos vecinos de buena voluntad a cavar la fosa en aquel cementerio que según las autoridades era clandestino.

Villa Esperanza era otro asentamiento campesino alteño, situado en la altura de **Jacha Marca,** ciudad grande. De paisaje desolado, ahí sólo el viento a través de la paja, bramaba cantando o lloraba silbando. La necesidad de tener un lugar donde enterrar a sus muertos. había obligado a esa gente a fundar aquel cementerio sin autorización oficial. Las autoridades tampoco tomaron muy en cuenta aquella falta, porque se trataba de un cementerio para indios.

* * *

La caravana de niños llegó al cementerio de Villa Esperanza. El padre Venancio les esperaba con la fosa cavada.

Era el atardecer. Cielo, aire y tierra se habían tornado de color gris; sólo el viento empezaba a silbar.

Antes de depositar en el fondo de la fosa el cajoncito, Chila y Margarita se abrazaron de él llorando desesperadamente. Todos los niños lloraban. Crisanto observando mudo no decía palabra alguna; se había cansado de llorar.

El padre Venancio dio un responso tan humano y en lenguaje tan sencillo que todos aceptaron la muerte de Chabelita como una liberación de la vida de tristeza, desamparo y sobre todo de hambre que la mayoría de los niños presentes seportaba.

Germán cubrió el cajón con tierra y formó por fuera la sepultura, modelando el promontorio con la pala. Clavaron en la cabecera una cruz.

Luego, todos regresaron a sus villas y se dispersaron en medio del frío altiplánico de la tarde.

* * *

Llegados a Villa Ingenio, cuando Juancho preguntó a Angel:

—Y **aura** mañana, ¿qué vamos hacer?

Angel respondió:

—Nada pues, como de costumbre nos encontramos en la parada del 113 para bajar a la Kennedy.

* * *

La vida no les daba tiempo para rumiar su dolor. Eran niños y niños pobres, marginados; en una sociedad que no les señalaba más camino que continuar en la brega de lustrar los zapatos de otros..., aunque ellos no tuvieran zapatos...

Oruro, marzo de 1989.

UNIVERSITY OF NEW MEXICO
GENERAL LIBRARY

G L O S A R I O

Gringa, extranjera europea.
Choy, oye.
Kullawada, danza nativa.
Khenchachada, maldecida.
Jachas, policía femenina municipal.
Chaiñita, pajarillo nativo.
Tijchi, juego infantil.
Wayna Potosí, nombre de una cumbre andina.
Kalake, nombre de una comunidad aimara a orillas del Lago Titicaca.
Wa, exclamación de asombro, sorpresa. Es onomatopeya aimará.
Llokalla, niño en aimará.
Javie, modismo por **vieja.**
Temerco, modismo por **comerte.**

Yayas, nativos aimarás. Despectivo.

Birlocha, la mujer que usa vestido a la europea, hija de la chola, mujer del pueblo cuya vestimenta es la pollera y la manta.

Lacho, amante, concubino.

Cholo, masculino de chola. Despectivo.

Corneadora, que viola la fe conyugal. Que traiciona.

Ché, Oye.

Mankhapaya, vivandera que vende comida en las calles. Palabra aimará compuesta: **mankha,** comida; **paya,** cocinar; cocinera de comidas.

Chairo, sopa tradicional de la ciudad de La Paz, elaborada a base de chuño y cecina de cordero (chalona.)

Mankha **mama,** aimará: **mankha,** comer y **mama,** madre, come madre.

Larpfata, raquítica de nacimiento.

Khoro Cucho, apodo, Cucho el bribón.

Tatake, apodo.

Sarna caballo, apodo, caballo sarnoso.

Wawas, niños.

Schola, por chola; pronunciación afectada.

Aurita, ahora.

Boqueando, vomitando.
Isaño, una variedad de oca.
Thayachas, ocas, **isaño,** cocidas y congeladas, que se sirve rociadas de miel de caña.
Tarwi, nombre de un alimento nativo, nutritivo y parecido a la lenteja.
Dotralus, modismo por **lustrado.**
Zacarías Kholque, por **sacarías dinero** dando a entender que pediría coima.
Kharakunka, apodo, **cogote pelado.**
Horneao, bolivianismo, por pan, en la región oriental.
Guineo pichiró, bolivianismo, plátano de sabor desagradable porque su maduración se forzó en condiciones inconvenientes. Región oriental.
Marraqueta, pan de batalla elaborado sin manteca.
Api, mazamorra de harina de maiz morado.
Pelado, bolivianismo, por niño.
Llaucha, empanada tradicional de la ciudad de La Paz.
Macanas, cosas inservibles.
Viejo verija, viejo arrugado.

Pfullu, cobertor nativo.

Quimsa charani, aimará, nombre de un látigo de tres puntas. **Quimsa,** tres; **charani,** pierna. O sea tres para la pierna.

¡Alkho uña! Quechua: hijo de perra. Mancer.

Supaypa wachaskhas, Quechua: paridos por el diablo.

Abatidos, Maldecidos.

Khenchas, maldecidos.

Guaguay, chiquito, expresión de cariño.

Elay, hé aquí.

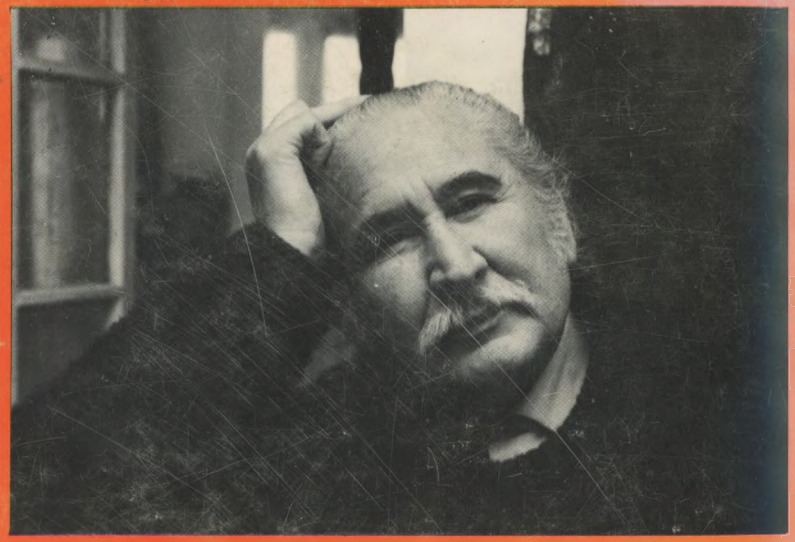
DIRME, Dirección del Menor.

Compañeros, sus testículo.

Mistis, mestizos, nombre que da el nativo al blancoide.

Lulu, palabra aimará que equivale a cariñito, amorcito, en el trato con niñas.

La presente edición de: ELLOS NO TENIAN ZAPATOS... de don Antonio Paredes - Candia, se terminó de imprimir el 10 de julio de 1989 en los Talleres Gráficos de Librería - Editorial "POPULAR", Pérez Velasco 787 - La Paz - Bolivia.



Una vez más nuestra Editorial se complace en presentar otro magnífico novelín que pertenece a don **Antonio Paredes-Candia,** y que por el fondo social que contiene, nos lleva a pensar cuán abandonada está la niñez en nuestro medio, especialmente aquella que no tiene los recursos necesarios para sostener una mediana educación, por la insensibilidad de una sociedad que le importa nada sus semejantes.

ELLOS NO TENIAN ZAPATOS..., constituye la tragedia veraz en la que se encuentran los personajes que protagonizan esta narración; los numerosos niños lustrabotas que deambulan por las plazas, avenidas y calles de nuestra ciudad, son los personajes que se ganan el pan del día implorando al cliente, en veces un energúmeno y otras un hombre noble y sensible.

Don **Antonio Paredes-Candia,** capta en este su novelín la tragedia de un hogar humilde, avasallado por la pobreza y por la irresponsabilidad paterna del mismo, que induce a que el autor capte y narre con tanta veracidad esta tragedia que se vive en nuestro medio, que conmueve al lector; tragedia que en este mismo momento, se acentúa más con la pobreza espiritual en la que hacemos vivir a nuestra niñez.

LIBRERIA-EDITORIAL "POPULAR", ofrece al culto público con la mayor simpatía y como un justo homenaje a la niñez de nuestra patria, esta magnífica obra del meritorio escritor don **Antonio Paredes-Candia,** que seguramente servirá para abrir la sensibilidad de las autoridades de turno.

GERMAN VILLAMOR L.